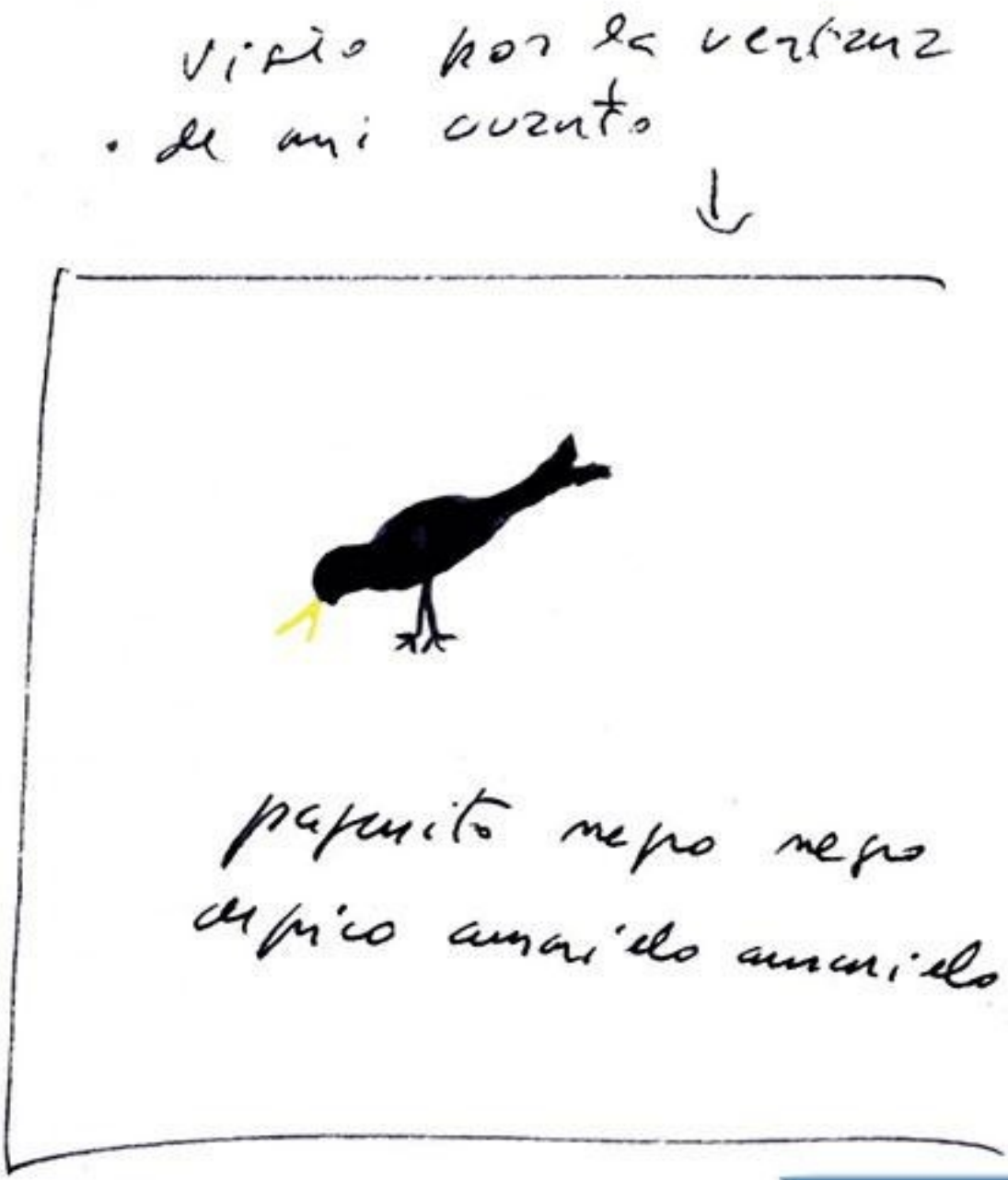
Julio Ramón Ribeyro

Prosas apátridas



Lectulandia

Entre el aforismo, el ensayo filosófico y el diario, estas páginas son el testimonio espiritual de uno de los grandes autores de las letras hispanas del siglo XX. *Prosas apátridas* es una obra de singular fuerza. Cada anotación es un bocado de sabiduría sobre temas tan diversos como la literatura, la memoria y el olvido, la vejez y la infancia o el amor y el sexo.

Julio Ramón Ribeyro explora nuevas formas de representar una realidad que se percibe como irremediablemente fragmentada. Su estilo, elegante y preciso, y su ironía y amarga lucidez dotan de unidad a estas páginas que captan la condición del hombre moderno en toda su profundidad.

Lectulandia

Julio Ramón Ribeyro

Prosas apátridas

Completas

ePub r1.0
jugaor 25.05.13

Título original: *Prosas apátridas*
Julio Ramón Ribeyro, 1975-1986

Editor digital: jugaor
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

El botín de los años inútiles, que con tanto celo guardaste, disípalo ahora: te quedará el triunfo desesperado de haber perdido todo.

R. TAGORE

Nota del autor

El título de este libro merece una explicación. No se trata, como algunos lo han entendido, de las prosas de un *apátrida* o de alguien que, sin serlo, se considera como tal. Se trata, en primer término, de textos que no han encontrado sitio en mis libros ya publicados y que erraban entre mis papeles, sin destino ni función precisos. En segundo término, se trata de textos que no se ajustan cabalmente a ningún género, pues no son poemas en prosa, ni páginas de un diario íntimo, ni apuntes destinados a un posterior desarrollo, al menos no los escribí con esa intención. Es por ambos motivos que los considero «apátridas», pues carecen de un territorio literario propio. Al reunirlos en este volumen he querido salvarlos del aislamiento, dotarlos de un espacio común y permitirles existir gracias a la contigüidad y al número.

No oculto que al tomar esta decisión tuve presente *Le spleen de Paris* de Baudelaire. No por una emulación pretenciosa, sino por el carácter relativamente «disparate» del conjunto y por tratarse de un libro, como dice el poeta en su dedicatoria, que es «*à la fois tête et queue, alternativement et réciproquement*» y que puede leerse en consecuencia por el comienzo, por el medio o por el fin. Aparte de ello, la mayor parte de los textos han sido escritos en París y, como en la obra del autor de *Les fleurs du mal*, esta ciudad figura nominalmente o como telón de fondo en muchos de estos fragmentos.

París, 1982

1

¡Cuántos libros, Dios mío, y qué poco tiempo y a veces qué pocas ganas de leerlos! Mi propia biblioteca, donde antes cada libro que ingresaba era previamente leído y digerido, se va plagando de libros parásitos, que llegan allí muchas veces no se sabe cómo y que por un fenómeno de imantación y de aglutinación contribuyen a cimentar la montaña de lo ilegible y, entre estos libros, perdidos, los que yo he escrito. No digo en cien años, en diez, en veinte, ¿qué quedará de todo esto? Quizás sólo los autores que vienen de muy atrás, la docena de clásicos que atraviesan los siglos, a menudo sin ser muy leídos, pero airosos y robustos, por una especie de impulso elemental o de derecho adquirido. Los libros de Camus, de Gide, que hace apenas dos decenios se leían con tanta pasión, ¿qué interés tienen ahora, a pesar de que fueron escritos con tanto amor y tanta pena? ¿Por qué dentro de cien años se seguirá leyendo a Quevedo y no a Jean-Paul Sartre? ¿Por qué a François Villon y no a Carlos Fuentes? ¿Qué cosa hay que poner en una obra para durar? Diríase que la gloria literaria es una lotería y la perduración artística un enigma. Y a pesar de ello se sigue escribiendo, publicando, leyendo, glosando. Entrar a una librería es pavoroso y paralizante para cualquier escritor, es como la antesala del olvido: en sus nichos de madera, ya los libros se aprestan a dormir su sueño definitivo, muchas veces antes de haber vivido. ¿Qué emperador chino fue el que destruyó el alfabeto y todas las huellas de la escritura? ¿No fue Eróstrato el que incendió la biblioteca de Alejandría? Quizás lo que pueda devolvernos el gusto por la lectura sería la destrucción de todo lo escrito y el hecho de partir inocente, alegremente de cero.

2

Vivimos en un mundo ambiguo, las palabras no quieren decir nada, las ideas son cheques sin provisión, los valores carecen de valor, las personas son impenetrables, los hechos amasijos de contradicciones, la verdad una quimera y la realidad un fenómeno tan difuso que es difícil distinguirla del sueño, la fantasía o la alucinación. La duda, que es el signo de mi inteligencia, es también la tara más ominosa de mi carácter. Ella me ha hecho ver y no ver, actuar y no actuar, ha impedido en mí la formación de convicciones duraderas, ha matado hasta la pasión y me ha dado finalmente del mundo la imagen de un remolino donde se ahogan los fantasmas de los días, sin dejar otra cosa que briznas de sucesos locos y gesticulaciones sin causa ni finalidad.

3

El sentimiento de la edad es relativo: se es siempre joven o viejo con respecto a alguien. César Vallejo dice en un poema en prosa que por más que pasen los años nunca alcanzará la edad de su madre, lo que es cierto además. Es comprensible que los hombres de cuarenta o cincuenta años sigan sintiéndose jóvenes, pues saben que todavía hay hombres de setenta u ochenta. Sólo cuando se llega a esta última edad comienzan a escasear los puntos de referencia por la cima. Los octogenarios se sienten pocos, es decir solos, viejos.

4

Teoría del «error inicial»: en toda vida hay un error preliminar, aparentemente trivial, como un acto de negligencia, un falso razonamiento, la contracción de un tic o de un vicio, que engendra a su vez otros errores. Carácter acumulativo de estos. Al respecto: imagen del tren que, por un error del guarda-agujas, toma la vía equivocada. Más justo sería decir por un descuido del conductor de la locomotora. Más justo todavía imputarle el error al pasajero, que se equivoca de vagón. Lo cierto es que al pasajero se le terminan las provisiones, nadie lo espera en el andén, es expulsado del tren, no llega a su destino.

5

Conocer el cuerpo de una mujer es una tarea tan lenta y tan encomiable como aprender una lengua muerta. Cada noche se añade una nueva comarca a nuestro placer y un nuevo signo a nuestro ya cuantioso vocabulario. Pero siempre quedarán misterios por desvelar. El cuerpo de una mujer, todo cuerpo humano, es por definición infinito. Uno empieza por tener acceso a la mano, ese apéndice utilitario, instrumental, del cuerpo, siempre descubierto, siempre dispuesto a entregarse a no importa quién, que trafica con toda suerte de objetos y ha adquirido, a fuerza de sociabilidad, un carácter casi impersonal y anodino, como el del funcionario o portero del palacio humano. Pero es lo que primero se conoce: cada dedo se va individualizando, adquiere un nombre de familia, y luego cada uña, cada vena, cada arruga, cada imperceptible lunar. Además no es sólo la mano la que conoce la mano: también los labios conocen la mano y entonces se añade un sabor, un olor, una consistencia, una temperatura, un grado de suavidad o de aspereza, una comestibilidad. Hay manos que se devoran como el ala de un pájaro; otras se atracan en la garganta como un eterno cadalso. ¿Y qué decir del brazo, del hombro, del seno, del muslo, de…? Apollinaire habla de las Siete Puertas del cuerpo de una mujer. Apreciación arbitraria. El cuerpo de una mujer no tiene puertas, como el mar.

6

La locura en muchos casos no consiste en carecer de razón, sino en querer llevar la razón que uno tiene hasta sus últimas consecuencias: el hombre, como leí en un cuento, que trata de clasificar la humanidad de acuerdo a los más variados criterios (negros y blancos, negros altos y blancos bajos, negros altos flacos y blancos bajos gordos, negros altos flacos solteros y blancos bajos gordos casados, etc.) encontrándose así en la necesidad de formular una serie infinita; un hombre que vino a la Agencia para proponer algo aparentemente muy sensato: reunir a los grandes jefes de Estado, al Papa, al secretario general de la ONU, etc., en torno a una Paella universal donde se resolverían amigablemente los problemas mundiales; aquel otro que vino para informarnos que había presentado una demanda judicial contra la Unión Soviética para que devolviera a España el oro que se llevó durante la República. Su argumentación desde el punto de vista histórico y jurídico era inatacable, pero, llevada a la práctica, era un acto de demente. Lo que diferencia este tipo de locura de la cordura no es tanto el carácter irracional de la idea incriminada, sino el que esta contenga en sí su propia imposibilidad. Los locos de esta naturaleza lo son porque han aislado completamente su preocupación del contexto que los rodea y no tienen en cuenta así todos los elementos de una situación o, como se dice, todos los imponderables de un problema. De ahí que esta forma de locura tenga tantas similitudes con la genialidad. Los genios son estos locos más una cualidad: la de encontrar la solución de un problema saltando por encima de las dificultades intermediarias.

7

Lugares tan banales como la Prefectura de Policía o el Ministerio de Trabajo son ahora los templos délficos donde se decide nuestro destino. Porteros, *valets*, empleadas viejas con permanente y mitones, son los pequeños dioses a los que estamos irremediablemente sometidos. Dioses funcionarios y falaces, nos traspapelan para siempre un documento, y con él nuestra fortuna, o nos cierran el acceso a una oficina que era la única en la cual podíamos redimirnos de alguna falta. Los designios de estos diosecillos burocráticos son tan impenetrables como los de los dioses antiguos y, como estos, distribuyen la dicha y el dolor sin apelación. La empleada de Correos que se niega a entregarme una carta certificada porque el remitente ortografió mal una letra de mi apellido es tan terrible como Minerva desarmando a un soldado troyano para dejarlo indefenso en manos de uno griego. Muertos los viejos dioses por la Razón, renacieron multiplicados en las divinidades mezquinas de las oficinas públicas. En sus ventanillas enrejadas están como en altares de pacotilla, esperando que les rindamos adoración.

8

Calvo, obeso, majestuoso, con sus modales llenos de unción, el barredor de la Agencia me da siempre la impresión de un obispo que, a raíz de alguna injusticia, ha sido despojado de sus vestiduras sagradas. Cuando lo veo recorrer en overol los pasillos, con su aire recogido, sonriente y benévolo, imagino lo bien que se le vería celebrando una misa o presidiendo una ceremonia de canonización. Habla solo, saluda obsequiosamente a todo el mundo, es un pacífico demente. Fue un redactor que, atacado de locura erótica, trató hace muchos años de violar a una secretaria en un ascensor. No lo echaron de la oficina, pero cuando salió de la casa de reposo, desmemoriado y aparentemente feliz, lo rebajaron al cargo de barrendero.

9

Podemos memorizar muchas cosas, imágenes, melodías, nociones, argumentaciones o poemas, pero hay dos cosas que no podemos memorizar: el dolor y el placer. Podemos a lo más tener el recuerdo de esas sensaciones, pero no las sensaciones del recuerdo. Si nos fuera posible revivir el placer que nos procuró una mujer o el dolor que nos causó una enfermedad, nuestra vida se volvería imposible. En el primer caso se convertiría en una repetición, en el segundo en una tortura. Como somos imperfectos, nuestra memoria es imperfecta y sólo nos restituye aquello que no puede destruirnos.

10

Mirando el gato del restaurante: la maravillosa elegancia con que los animales llevan su desnudez. Hace tiempo comprobé eso en los perros, en los caballos. No hay en los animales nada de ridículo ni de desagradable. Si alguna vez sus posiciones o sus actos nos fastidian es por su semejanza con los actos o posiciones humanas: por ejemplo, cuando los animales hacen el amor.

11

La vida se complace a veces en ofrecernos compendios alegóricos de la realidad o más bien citas magníficamente elegidas del gran texto de la historia que vivimos. En los pasillos del metro, el primero de mayo, millares de obreros endomingados, jóvenes y viejos, con sus familias, se desbordan alegres, despreocupados, rumbo a la Feria de París, al Campo de Marte o al Bois de Boulogne, todos con su ramillete de *muguet* en la mano. Están felices, han almorzado bien, es su feriado, su festividad. Sentados en el suelo de un corredor, dos estudiantes hirsutos y barbudos, con guitarras, cantan un aire marcial y revolucionario, del que sólo percibo al pasar esta estrofa: «Obreros, levanten sus barricadas». Los proletarios, sin detenerse, les echan al pasar una mirada de reprobación, se sienten chocados, casi ofendidos. Nada más fuera de lugar que esos mozalbetes hablando de barricadas, luchas y conflictos en un día de esparcimiento entre tantos días de trabajo. La presencia de esos estudiantes, su actitud, su propósito, es tan vano e ilusorio como el de esas mujeres del Ejército de Salvación que se apostan en la puerta de los burdeles tratando de catequizar a los putañeros.

12

La historia es un juego cuyas reglas se han extraviado. Filósofos, antropólogos, sociólogos y políticos las buscan, cada cual por su lado, de acuerdo a sus intereses o a su temperamento. Pero sólo encuentran retazos de ellas. La tentativa más coherente para rescatar los principios de este juego es probablemente el marxismo. Pero no la única ni la definitiva. Será completada, rectificada, incluso rebatida, pero habrá cumplido una función de esclarecimiento. Mientras no surja otra explicación habrá que aceptarla, pragmáticamente. Lo terrible sería que después de tantas búsquedas se llegue a la conclusión de que la historia es un juego sin reglas o, lo que sería peor, un juego cuyas reglas se inventan a medida que se juega y que al final son impuestas por el vencedor.

13

Dentro de nosotros hay como una oficina meteorológica que emite cada mañana su parte sentimental: estaremos contentos, sufriremos, cólera al mediodía, etc. Y hacia esa predicción avanzamos temerosos o confiados. Oficina falaz, tan volandera como la que profetiza el clima: la tarde de la que esperábamos tanto júbilo se cubre de pronto de una insoportable tristeza. Pero también cómo alumbra esa noche auguralmente lúgubre la sonrisa de la desconocida.

14

La existencia de un gran escritor es un milagro, el resultado de tantas convergencias fortuitas como las que concurren a la eclosión de una de esas bellezas universales que hacen soñar a toda una generación. Por cada gran escritor, ¡cuántas malas copias tiene que ensayar la naturaleza! ¡Cuántos Joyces, Kafkas, Célines *flous*, velados o sobreexpuestos habrán existido! Unos murieron jóvenes, otros cambiaron de oficio, otros se dedicaron a la bebida, otros se volvieron locos, otros carecieron de uno o de dos de los requisitos que los grandes artistas reúnen para elevarse sobre el nivel de la subliteratura. Falta de formación, enfermedades, pereza, carencia de estímulos, impaciencia, angustias económicas, ausencia de ambición o de tenacidad o simplemente de suerte, son como el billete de lotería prometedor al cual sólo le falta el número terminal para obtener el premio en la rifa de la gloria. Y algunos han probablemente reunido todas esas cualidades, pero les faltó la circunstancia azarosa, la aparentemente insignificante (la lectura de un libro, la relación con tal amigo), capaz de servir de reactivo al compuesto químicamente perfecto y darle su verdadera coloración. Así, en el metro veo a veces a una mujer y me digo: «Podría ser Brigitte Bardot, pero lástima que le falten treinta centímetros de estatura» o «Esa rubia se parece a Marilyn Monroe, pero tiene las piernas como dos estacas». Ellas son también las malas pruebas del modelo original, la mercadería con fallas que se vende al por mayor.

15

Esperando a alguien en la boca del metro veo entrar y salir a cientos de muchachas —empleadas, estudiantes, etc.— y me doy cuenta en ese instante de una de las funciones de la moda. Seguir la moda es renunciar a sus atributos individuales para adoptar los de un grupo o, en otras palabras, dejar de ser una persona para convertirse en un tipo. Los signos vestimentarios que eligen las mujeres a la moda —en el presente caso pantalones muy anchos, abrigos de piel, botines de altas suelas— producen una ilusión en el espectador: confundir a la copia con el modelo. Mientras más perfecta es la imitación más fácil es la ilusión. Por ello la moda no es otra cosa que un disfraz colectivo que se adopta todas las temporadas de acuerdo a ciertos patrones de belleza impuestos por los modelistas. Lo curioso de la moda es que las mujeres que la siguen buscan ser observadas, pero terminan por uniformarse, corriendo el riesgo de pasar desapercibidas. ¿Desapercibidas? Tal vez como unidades de una familia, pero no como familia. Pues la ambigüedad de la moda reside en que oculta por un lado, pero luce por otro. Oculta a las mujeres, pero luce a la mujer.

16

Una mujer, cómo anima una casa. Ausente ella, las cosas languidecen. Todo se cubre de polvo y se marchita. En el florero una rama seca, la cómoda llena de pelusas, quemado el foco de la lámpara, percudida la ropa. La mujer mantiene con las cosas de la casa un comercio asiduo. Son sus cosas, posesiva ella, y las engríe y acariña. Las pone en su lugar, las pule y embellece. Depositaria de los objetos domésticos, tiene para cada cual una palabra, una pasión. Ella, sólo ella, sabe dónde están las tijeras, el hilo, la libreta que en vano buscamos. Habita las cosas y las cosas la habitan. Sensible a lo pequeño, descubre la mancha en la alfombra, la ceniza en la mesa. Nosotros, desdeñosos, distantes, adquirimos las cosas, pero luego las dejamos vivir indiferentes y las vemos perecer sin pesadumbre.

17

Los nombres cambian, pero las instituciones se perpetúan. Esos hotelitos destartalados de calles como la Rue Princesse o la Rue des Orteaux, donde se alojan los peones que vienen del Mediterráneo, no son otra cosa que la versión moderna de los ergástulos romanos. No encuentro prácticamente ninguna diferencia entre un albañil argelino o portugués y un esclavo de la época de Diocleciano. En esos hotelitos los peones foráneos se instalan a perpetuidad y salen solamente para su trabajo todos los días, o un día, el último, rumbo al cementerio. Son extraños estos hotelitos, explotados generalmente por un paisano de sus inquilinos. En la planta baja está el bar-restaurante y el tablero con las llaves y en sus cuatro o cinco pisos las celdas donde los obreros duermen hacinados en camas-camarote. El local les ofrece todo: bebida, comida, litera, televisión, mesas para jugar a las cartas o al dominó. Lo que ganan en la fábrica lo gastan en el hotel. Inútil decir que, a diferencia de los esclavos, son libres. No les queda ni siquiera la esperanza de la manumisión.

18

El ajedrez es como el amor venal, en el cual la pareja se reúne, no por afinidad ni simpatía, sino porque se necesitan recíprocamente para obtener de su conjunción un disfrute. Con el alemán fascista de la Agencia no me saludo ni cruzo la menor palabra en toda la semana, pero basta que llegue el domingo para que en las horas libres juguemos una partida. Es un acuerdo tácito, que no va precedido de ninguna invitación verbal. Basta que empiece a armar el tablero para que yo me acerque a su mesa y se inicie la partida. Partida silenciosa de la cual está excluido todo comentario. Una vez terminada, sea cual fuere el ganador, cada cual se reintegra a su trabajo y se olvida completamente del otro, durante días, así lo encuentre en el ascensor o el café de la esquina. Hasta el próximo domingo.

19

Al igual que yo, mi hijo tiene sus autoridades, sus fuentes, sus referencias a las cuales recurre cuando quiere apoyar una afirmación o una idea. Pero si las mías son los filósofos, los novelistas o los poetas, las de mi hijo son los veinte álbumes de las aventuras de Tintín. En ellos todo está explicado. Si hablamos de aviones, animales, viajes interplanetarios, países lejanos o tesoros, él tiene muy a la mano la cita precisa, el texto irrefutable que viene en socorro de sus opiniones. Eso es lo que se llama tener una visión, quizás falsa, del mundo, pero coherente y muchísimo más sólida que la mía, pues está inspirada en un solo libro sagrado, sobre el cual aún no ha caído la maldición de la duda. Sólo tiempo más tarde se dará cuenta de que esas explicaciones tan simples no casan con la realidad y que es necesario buscar otras más sofisticadas. Pero esa primera versión le habrá sido útil, como la placenta intrauterina, para protegerse de las contaminaciones del mundo mayor y desarrollarse con ese margen de seguridad que requieren seres tan frágiles. La primera resquebrajadura de su universo coloreado, gráfico, será el signo de la pérdida de su candor y de su ingreso al mundo individual de los adultos, después de haber habitado el genérico de la infancia, del mismo modo que en su cara aparecerán los rasgos de sus ancestros, luego de haber sobrellevado la máscara de la especie. Entonces tendrá que escrutar, indagar, apelar a filósofos, novelistas o poetas para devolverle a su mundo armonía, orden, sentido, inútilmente, además.

20

Habituados a la ciudad, ignoramos, hombres de esta época, todas las formas de la naturaleza. Somos incapaces de reconocer un árbol, una planta, una flor. Nuestros abuelos, por pobres que fuesen, tuvieron siempre un jardín o una huerta y aprendieron sin esfuerzo los nombres de la vegetación. Ahora, en departamentos u hoteles, no vemos sino flores pintadas, naturalezas muertas o esas raquíticas plantas de macetas que parecen sembradas por peluqueros.

21

Lo fácil que es confundir cultura con erudición. La cultura en realidad no depende de la acumulación de conocimientos, incluso en varias materias, sino del orden que estos conocimientos guardan en nuestra memoria y de la presencia de estos conocimientos en nuestro comportamiento. Los conocimientos de un hombre culto pueden no ser muy numerosos, pero son armónicos, coherentes y, sobre todo, están relacionados entre sí. En el erudito, los conocimientos parecen almacenarse en tabiques separados. En el culto se distribuyen de acuerdo a un orden interior que permite su canje y su fructificación. Sus lecturas, sus experiencias se encuentran en fermentación y engendran continuamente nueva riqueza: es como el hombre que abre una cuenta con interés. El erudito, como el avaro, guarda su patrimonio en una media, en donde sólo cabe el enmohecimiento y la repetición. En el primer caso, el conocimiento engendra el conocimiento. En el segundo, el conocimiento se añade al conocimiento. Un hombre que conoce al dedillo todo el teatro de Beaumarchais es un erudito, pero culto es aquel que habiendo solamente leído *Las bodas de Fígaro* se da cuenta de la relación que existe entre esta obra y la Revolución francesa o entre su autor y los intelectuales de nuestra época. Por eso mismo, el componente de una tribu primitiva que posee el mundo en diez nociones básicas es más culto que el especialista en arte sacro bizantino que no sabe freír un par de huevos.

22

Hay amores horribles que ultrajan en realidad el abolengo de este sentimiento y lo despojan de toda su aureola romántica. Por ejemplo el que existe entre uno de los jefes de la Agencia y una de las secretarias. El jefe es viscoso, moluscoide, fofo, cincuentón y mediocre. La secretaria una gorda desteñida, mastodóntica, con los dientes fuera de las encías y una nariz tan larga que es una infracción permanente a las leyes de la cortesía. Una de esas mujeres, en suma, que, como alguien decía, «harían peligrar la continuidad de la especie si uno se encontrara solo con ellas en el mundo». Y lo peor de todo es que ambos son casados; en consecuencia, cabe pensar qué sórdida catástrofe debe constituir en cada caso su matrimonio para que le busquen fuera de él esta compensación ominosa. Cuando los sorprendo en la oficina haciéndose signos de inteligencia, bromas o mirándose desde lejos embobados, me avergüenzo por mí, por mi especie. Y cuando imagino que estos amores deben consumarse en secreto, adulterinamente, en cuartos de hotel, en sabe Dios qué camas de alquiler, y evoco sus atroces cuerpos confundidos, siento la tentación de arrojarme por la ventana, presa de una locura incurable.

23

Los años nos alejan de la infancia sin llevarnos forzosamente a la madurez. Uno de los pocos méritos que admiro en un autor como Gombrowicz es haber insistido, hasta lo grotesco, en el destino inmaduro del hombre. La madurez es una impostura inventada por los adultos para justificar sus torpezas y procurarle una base legal a su autoridad. El espectáculo que ofrece la historia antigua y actual es siempre el espectáculo de un juego cruel, irracional, imprevisible, ininterrumpido. Es falso, pues, decir que los niños imitan los juegos de los grandes: son los grandes los que plagian, repiten y amplifican, en escala planetaria, los juegos de los niños.

24

¡Cuánto tienen que circular los objetos para encontrar en una casa el lugar que les conviene! En los pocos años que llevamos en la Place Falguière, sillas, lámparas, cuadros, estantes, han sido protagonistas de un fatigante periplo, que los llevó de pieza en pieza y de rincón en rincón. Algunos, es verdad, se adaptan con facilidad y terminan por habitar pacíficamente con sus vecinos. Otros, los insociables, los réprobos, no encuentran posición ni lugar y transitan sin descanso de un espacio a otro, sin echar amarras en ningún sitio. Mal que bien, a regañadientes, terminan a veces por aceptar una esquina y llevar allí una vida que yo adivino plena de incomodidad y de resentimiento. Pero hay también los irrecuperables, aquellos que no transigen con nada y que, como castigo a su espíritu subversivo, son recluidos en el fondo de un cajón o en la oscuridad de un sótano. Objetos terribles, condenados, que deben estar tramando en silencio alguna venganza atroz.

25

Un autor latinoamericano cita a cuarenta y cinco autores en un artículo de ocho páginas. He aquí algunos de ellos: Homero, Platón, Sócrates, Aristóteles, Heráclito, Pascal, Voltaire, William Blake, John Donne, Shakespeare, Bach, Chéjov, Tolstoi, Kierkegaard, Kafka, Marx, Engels, Freud, Jung, Husserl, Einstein, Nietzsche, Hegel, Cervantes, Malraux, Camus, etc. A mi juicio la mayoría de estas citas eran innecesarias. La cultura no es un almacén de autores leídos, sino una forma de razonar. Un hombre culto que cita mucho es un incivilizado.

26

Los dos barrenderos franceses de la estación del metro, con sus overoles azules, hablando en argot, gruñendo más bien, acerca de su trabajo. ¿En qué los ha beneficiado la Revolución francesa? Escala ínfima de los ferroviarios. Inútil preguntarles qué opinan sobre la guerra de Vietnam o la fuerza nuclear. Son justamente los tipos que hacen fracasar los sondeos de la opinión pública. ¿Culpa de ellos? ¿Culpa del sistema? Cabe pensar que la Revolución francesa, toda revolución, no soluciona los problemas sociales, sino que los transfiere de un grupo a otro, mejor dicho, se los endosa a otro grupo no siempre minoritario. Este endoso no se produce necesariamente en el momento de la revolución, sino que puede diferirse durante años o decenios. Es cierto que 1789 produjo la burguesía más inteligente del mundo, pero al mismo tiempo miles de charcuteros, de conserjes y de barrenderos de metro.

27

¿Por qué existirán habitaciones que estrangulan en quien las habita toda tentativa de creación? Esta que tengo ahora en la Avenue des Gobelins es el nicho del ingenio: estrechísima, larga, oscura, amenazada por el bullicio de tanta carrocería. No se trata, sin embargo, de una habitación miserable, sino de una pieza donde se ve con demasiada evidencia la mano ecónoma del previsor e insoportable patrón de hotel parisino. Es lo que se puede llamar una habitación mezquina. No hay la posibilidad de dejar correr el agua en el lavabo, ni de conectar un tocadiscos porque los plomos estallan. No hay una repisa donde poner libros ni un escondrijo donde sepultar la maleta para evitarnos la impresión de ser los eternos viajeros. Por el contrario, toda la configuración de la pieza parece estar destinada a recordarnos que somos pasajeros, que no tenemos la más remota esperanza de estabilidad y que debemos eliminar de nuestra imaginación el proyecto de establecer aquí nuestro domicilio. Si las habitaciones hablaran, esta diría: «Extranjero, te consiento que duermas, pero vete lo más pronto posible y no dejes el menor recuerdo de tu persona».

28

¡Con qué irresponsabilidad vive la gente! Al mirar por mi ventana, veo a un hombre que cruza la pista con un pan, una muchacha llevando un perrito, un viejo cargando un paquete, un peatón que luego de vacilar elige un itinerario, una pareja de jóvenes abrazados, un piloto al volante de un veloz automóvil. Despreocupados, indiferentes, vacan a sus ocupaciones, sus rutinas, sus errores, sus deleites o sus vicios. ¿Ignoran acaso que no hollan terreno seguro, que vivimos en permanente toque de queda, que a la vuelta de cada esquina los acecha lo invencible? No han meditado seguramente la frase de *La Celestina*: «La muerte nos sigue y nos rodea y hacia su bandera nos acercamos, según natura».

29

La luz no es el medio más adecuado para ver las cosas, sino para ver ciertas cosas. Ahora que está nublado he visto por el balcón mayor número de detalles en el paisaje que en los días soleados. Estos resaltan ciertos objetos en detrimento de otros, a los que dejan en la sombra. La media luz del día nublado pone a todos en el mismo plano y rescata de la penumbra a los olvidados. Así, ciertas inteligencias medianas ven con mayor precisión y con mayores matices el mundo que las inteligencias luminosas, que ven sólo lo esencial.

30

El advenimiento de un niño a un hogar es como la irrupción de los bárbaros en el viejo imperio romano. Mi hijo ha destrozado en veinte meses de vida todos los signos exteriores y ostentatorios de nuestra cultura doméstica: la estatuilla de porcelana que heredé de mi padre, reproducciones de esculturas famosas, ceniceros raros hurtados con tanta astucia en restaurantes, copas de cristal encargadas a Polonia, libros con grabados preciosos, el tocadiscos portátil, etc. El niño se siente frente a estos objetos, cuya utilidad desconoce, como el bárbaro frente a los productos enigmáticos de una civilización que no es la suya. Y como a pesar de su ignorancia y su sinrazón él representa la fuerza, la supervivencia, es decir, el porvenir, los destruye. Destruye los signos de una cultura ya para él caduca porque sabe que podrá reemplazarlos, puesto que él encarna, potencialmente, una nueva cultura.

31

No hay que exigir en las personas más de una cualidad. Si les encontramos una, debemos ya sentirnos agradecidos y juzgarlas solamente por ella y no por las que les faltan. Es vano exigir que una persona sea simpática y también generosa o que sea inteligente y también alegre o que sea culta y también aseada o que sea hermosa y también leal. Tomemos de ella lo que pueda darnos. Que su cualidad sea el pasaje privilegiado a través del cual nos comunicamos y nos enriquecemos.

32

En el rostro de los ciegos de nacimiento hay siempre algún otro rasgo, aparte de sus ojos reventados, nebulosos, viscosos o simplemente fijos o cerrados, que indica su ceguera. La boca, la nariz, los músculos faciales adquieren cierta expresión particular que es ya «una expresión de ciego». Diríase que estos rasgos, desconocidos o incontrolables por quien los soporta, siguen sus inclinaciones naturales y se deforman o se ablandan. Para el ciego no existe el espejo que permite a los videntes corregir sus rasgos a tiempo y componerse una expresión adecuada. La expresión de los ciegos es libre, la más natural que pueda darse. Recuerda un poco la expresión de la gente que duerme. Parece que el rostro se organizara alrededor de la mirada y, cuando esta desaparece, se desbarata.

33

¿Quién puede dar testimonio de las conversaciones que dormidos entablan los amantes? Apagada la luz, abandonados al sueño, algo en ellos permanece vigilante. No su espíritu ni su conciencia, sino su ternura. Diálogos nocturnos, hechos de frases rotas, de palabras aberrantes que no escuchan, sin embargo, pero obedecen. Así, al despertarse, recuerdan a veces como una otra vida, de alguien que los relevó durante su descanso y se mantuvo atento, y hasta rememoran fragmentos de un discurso que, lúcidos, los hace reír y no comprenden.

34

Observando jugar a los niños en el parquecito de la Rue de la Procession. Su edad oscila entre uno y tres años. A esta edad se amontonan, pero no se comunican. Les interesa la vecindad y a menudo el espectáculo, pero no el contacto directo. Cada cual en el fondo sigue tan solo como en el cuarto de su casa, pero refractados en múltiples espejos. Llegan incluso a rozarse la mano, a intercambiar sus baldes intercambiables, pero prácticamente sin hablar, sin dar nada de sí ni decir nada, aparte de un objeto como un balde que, en este caso, es un objeto neutro. Y en las bancas del jardín, en torno a la poza de arena, los viejos. Solos también. Sobre todo se ven jubilados y tullidos, bastón y boina, callados, mirando sin ver el film de su infancia que retoza a sus pies y trata de retenerlos, al menos por el recuerdo, a la vida. Sólo cabe sacar una conclusión: la soledad de los niños prefigura la de los viejos. Los parquecitos como el de la Rue de la Procession se han hecho para ambos. Que se reúnan el cabo con el rabo. Así se juega de niño, solo. Así se toma el sol en la vejez, solo. Entre ambas edades, el interregno poblado por el amor o la amistad, el único cálido, soportable, entre dos extremos de abandono.

35

Las palabras que se dicen los amantes durante su primer orgasmo son las que presidirán en el futuro toda su comunicación sexual. Son momentos de absoluta improvisación, en los cuales los amantes se rebautizan, o rebautizan las partes de su cuerpo. Los nuevos nombres regresarán siempre durante el acto para constituir el códice que utilizarán en la cama. Estas palabras son inocentes y muchas veces poéticas con relación a lo que designan. A veces son también disparatadas. Nadie está libre de decirle a su mujer la noche de su primera posesión: «Alcachofa». Y se fregó porque desde entonces, al poseerla, tendrá siempre que decirle «Alcachofa». El día que no se lo diga, la habrá dejado de querer.

36

Dentro de algunos años alcanzaré la edad de mi padre y, unos años después, superaré su edad, es decir, seré mayor que él y, más tarde aún, podré considerarlo como si fuese mi hijo. Por lo general, todo hijo termina por alcanzar la edad de su padre o por rebasarla y entonces se convierte en el padre de su padre. Sólo así entonces podrá juzgarlo con la indulgencia que da el «ser mayor», comprenderlo mejor y perdonarle todos sus defectos. Sólo así, además, se alcanza la verdadera mayoría de edad, la que extirpa toda opresión, así sea imaginaria, la que concede la total libertad.

37

Un editor francés, comprobando que ha decaído la venta de los clásicos, decide lanzar una nueva colección, pero en la cual los prólogos no serán encomendados a eruditos desconocidos, sino a estrellas de la actualidad. Así Brigitte Bardot hará el prefacio de Baudelaire, el ciclista Raymond Poulidor el de Proust y el actor Jean-Paul Belmondo, que antes fue boxeador, el de Rimbaud. Belmondo empieza su preámbulo con estas palabras: «Cada vez que leo un poema de Rimbaud siento como un puñetazo en la quijada». Venta asegurada.

38

El juego de la Bolsa debe ser una ocupación melancólica. A juzgar al menos por los cientos de bolsistas que diariamente veo en los cafés que rodean la Place de la Bourse. Solos o en grupos, exactamente a las dos y media de la tarde, salen estos enigmáticos señores por las escalinatas de su templo neoclásico. ¿Qué clase de gente es? Visten todos con decoro, pero no puede decirse que sean elegantes. Su edad oscila entre los treinta y los sesenta años. No son muy locuaces ni comunicativos, salvo entre ellos, cuando forman su pequeño clan. Es gente más bien preocupada, que sabe esperar. En algo se parecen a los jugadores de lotería. Tienen la misma resignación y en el fondo la misma tenaz esperanza. Tal vez su ocupación es tan vana, tan romántica como la literatura. Evidentemente, ellos no están *dans le coup*. Alguien los maneja, está por encima de sus previsiones, alguna especie de divinidad de las finanzas cuyas intenciones tratan de penetrar. Vienen diariamente al templo con la seguridad de haber sorprendido algún designio del Olimpo, pero por lo general se equivocan. ¿Aspiran a ser ricos? ¿Lo son? ¿Qué mejor medio para serlo, en lugar de montar un negocio, que estar allí donde el negocio se reduce a su expresión más abstracta, como puede serlo una pizarra con cotizaciones? Por eso su oficio tiene también algo de religioso, de esotérico, y es ejercido sólo por los iniciados. Son algo así como los fieles —no los sacerdotes, que permanecen ocultos— de la gran misa cotidiana del capitalismo universal.

39

Cada amigo es dueño de una gaveta escondida de nuestro ser, de la cual sólo él tiene la llave e, ido el amigo, la gaveta queda para siempre cerrada. Alejarse de los amigos es así clausurar parte de nuestro ser. Yo habría sido diferente si hubiera continuado frecuentando a ciertos amigos de mi juventud. Pero las circunstancias nos separaron y continuamos viajando cada cual por su lado y por ello mismo mutilados. De ahí que a cierta edad sea difícil hacer nuevos amigos. Todas las facetas que ofrecía nuestra personalidad han sido ya copadas, ocupadas, selladas por las viejas alianzas. No hay superficie libre donde la nueva amistad pueda asirse. Salvo que el nuevo amigo se parezca extremadamente al anterior y se valga de esta semejanza para penetrar por efracción al recinto secreto de la primera amistad. Pero por más afecto que nazca siempre será el imitador, el falsario, el que no accederá jamás a la cámara más preciada. Cámara irrisoria, seguramente, que no guarda a lo mejor más que un montículo de pedregullo, pero que los ojos del amigo, del primero, convertían en lo que él quería ver: lo irreemplazable.

40

Es necesario dotar a todo niño de una casa. Un lugar que, aun perdido, pueda más tarde servirle de refugio y recorrer con la imaginación buscando su alcoba, sus juegos, sus fantasmas. Una casa: ya sé que se deja, se destruye, se pierde, se vende, se abandona. Pero al niño hay que dársela porque no olvidará nada de ella, nada será desperdicio, su memoria conservará el color de sus muros, el aire de sus ventanas, las manchas del cielo raso y hasta «la figura escondida en las venas del mármol de la chimenea». Todo para él será atesoramiento. Más tarde no importa. Uno se acostumbra a ser transeúnte y la casa se convierte en posada. Pero para el niño la casa es su mundo, el mundo. Niño extranjero, sin casa. En casas de paso, de paseo, de pasaje, de pasajero, que no dejarán en él más que imágenes evanescentes de muebles innobles y muros insensatos. ¿Dónde buscará su niñez en medio de tanto trajín y tanto extravío? La casa, en cambio, la verdadera, es el lugar donde uno transcurre y se transforma, en el marco de la tentación, del ensueño, de la fantasía, de la depredación, del hallazgo y del deslumbramiento. Lo que seremos está allí, en su configuración y sus objetos. Nada en el mundo abierto y andarín podrá reemplazar al espacio cerrado de nuestra infancia, donde algo ocurrió que nos hizo diferentes y que aún perdura y que podemos rescatar cuando recordamos aquel lugar de nuestra casa.

41

El pequeño comerciante francés está tan identificado con su negocio que, cuando sale de él, pierde su personalidad. Cuántas veces me cruzo en mi barrio con hombres o mujeres que me son conocidos, pero no podría afirmar si son el carnicero, el charcutero, la verdulera o la mercera. Sólo cuando los veo dentro de su marco habitual, descuartizando una res, despachando patatas, o sirviendo vino, logro reconocerlos. Diríase que ellos sólo existen en función de los objetos que manipulan y dentro del contexto de una actividad determinada. Esta actividad los individualiza, los dota de ser. Fuera de ella se vuelven entes impersonales, anónimos, sujetos de una oración incompleta, a la que no sabemos qué complemento ponerles.

42

Lo que pierde a los hombres no es tanto sus grandes vicios como sus pequeños defectos. Se puede convivir muy bien con la pereza, la prodigalidad, el tabaco o la lujuria, pero en cambio qué dañinos son las negligencias o los ínfimos descuidos. Parece que la vida, como ciertas sociedades, tolerara los grandes crímenes, pero castigara implacablemente las faltas. Un banquero puede muy bien robarle al fisco o dirigir un tráfico de armas, pero líbrelo Dios si cruza con su automóvil una luz roja.

43

El empleado de la Agencia que regresa a trabajar después de cuatro meses de ausencia por enfermedad. Era un hombre alto, grueso, ligeramente barrigón, con una melena plateada y un cigarrillo eterno humeando en su labio carnoso. Lo que viene de él es un resumen, un esbozo torpe de su antiguo ser, al punto que, cuando lo vemos, no podemos reconocerlo. ¿Qué queda de él? Probablemente ni él mismo lo sabe, pues, cuando volvemos a verlo y al fin lo identificamos, nos mira con una mirada ansiosa y triste, como si lo hiciera desde lo más profundo de una mazmorra. Encerrado en su nueva fisonomía, pide, casi implora, que lo reconozcan y lo rescaten de ella con el saludo. La enfermedad lo ha tajado, recortado, humillado, hundido, encorvado, pelado, aterrado, transformado en otro hombre que tiene probablemente el mismo registro civil y conserva su memoria, pero que ya no es el mismo gordo rubicundo y fumador, sino el espectro de su propia vejez, llegada anticipadamente a nosotros a través de un implacable recodo: el de la grave enfermedad. Su rostro tiene la expresión del hombre que acaba de escapar de un terrible accidente, de un naufragio, en el cual la muerte tuvo tiempo de imprimirle su marca de propiedad.

44

Proyectar diapositivas en colores de los grandes maestros: Rembrandt, Velázquez, Leonardo, etc. Luego proyectar sólo detalles de sus cuadros, por ejemplo un fondo rocoso, el brocado de un cortinaje, los dibujos de una alfombra o simplemente un rostro en primer plano. Estos detalles son ya pintura moderna, sea impresionista, cubista o no figurativa. Diríase que en los cuadros de los grandes maestros está contenida potencialmente toda la pintura moderna, como en algunas páginas de Rabelais o de Cervantes todo el arte literario de nuestros días. Desde esta perspectiva, el arte llamado moderno no sería otra cosa que un detalle ampliado del antiguo o un «mirar de más cerca» la realidad. Simple cuestión de distancia.

45

En la calle Gay Lussac me cruzo con el colombiano que viajó en mi camarote cuando regresé al Perú en 1958 a bordo del Marco Polo. Entonces fuimos muy amigos, vivíamos encerrados en un pequeño espacio, leíamos, fumábamos y bebíamos juntos. Ahora, seis años más tarde, nos cruzamos como dos desconocidos, sin ánimo de sobrepararnos para estrecharnos la mano. No es solamente la fragilidad de la amistad lo que me sorprende, sino la coincidencia de habernos cruzado en París, de haber estado otra vez los dos, aunque sea por unos segundos, ocupando un espacio reducido. El infinito encadenamiento de circunstancias favorables para que este encuentro se produzca. Desde que nos despedimos en Cartagena en 1958 hasta hace un momento en la calle Gay Lussac, todos los actos de su vida y los míos han tenido que estar dirigidos, regulados con una precisión inhumana para coincidir, él y yo, en la misma acera. Cualquier pequeña falla que hubiera ocurrido ayer o hace una semana o hace un año, hubiera impedido este encuentro. En la vida, en realidad, no hacemos más que cruzarnos con las personas. Con unas conversamos cinco minutos, con otras andamos una estación, con otras vivimos dos o tres años, con otras cohabitamos diez o veinte. Pero en el fondo no hacemos sino cruzarnos (el tiempo no interesa), cruzarnos y siempre por azar. Y separarnos siempre.

46

El mundo no está hecho para los niños. Por ello su contacto con él es siempre doloroso, muchas veces catastrófico. Si coge un cuchillo se corta, si sube a una silla se cae, si sale a la calle lo arrolla un automóvil. Es curioso que en tantos miles de años de civilización no se haya hecho prácticamente nada para aliviar o solucionar este conflicto. Se han inventado los juguetes, es cierto, que es un mundo miniaturizado, al uso y medida de los niños. Pero estos se aburren de sus juguetes y, por imitación, quieren constantemente disponer de las cosas de los adultos. Con qué decisión y espontaneidad se precipitan hacia su adultez, qué obstinación la suya en mimar a sus mayores. Y a costa del dolor, aprenden. Su condición para progresar es justamente estar en contacto permanente con el mundo adulto, con lo grande, lo pesado, lo desconocido, lo hiriente. Sería lo ideal, claro, que vivieran en un mundo aparte, acolchado, sin cuchillos que cortan ni puertas que chancan los dedos, entre niños. Pero entonces no evolucionarían. Los niños no aprenden nada de los niños.

47

Desde la Antigüedad hasta nuestros días existe un denominador común en el hombre: la crueldad. Esta no ha disminuido en nuestra época, sino que se ha delegado y se ha hecho por lo mismo casi invisible. Ahora existen ejecutores oficiales de la crueldad (policías, torturadores, cuerpos de choque, etc.) que la canalizan y la practican en forma reglamentada y generalmente clandestina. Antiguamente, en cambio, era pública y se ejercía en forma más directa: los obispos degollaban, los reyes ajusticiaban con sus propias manos. Carlos III de Francia llega a Brujas en el siglo XIV, ve en la catedral cuatro mil estribos de soldados franceses exterminados en la época de Felipe el Hermoso por los flamencos y ordena en el acto pasar por las armas a todos los habitantes de la ciudad. Venganza monstruosa, fría, diferida en un siglo.

48

Mi mirada adquiere en privilegiados momentos una intolerable acuidad y mi inteligencia una penetración que me asusta. Todo se convierte para mí en signo, en presagio. Las cosas dejan de ser lo que parecen para convertirse probablemente en lo que son. El amigo con el que converso es un animal doméstico cuyas palabras apenas comprendo; la canción de Monteverdi que escucho, la suma de todas las melodías inventadas hasta ahora; el vaso que tengo en la mano, un objeto que me ofrece, atravesando los siglos, el hombre de la edad de piedra; el automóvil que atraviesa la plaza, el sueño de un guerrero sumerio; y hasta mi pobre gato, el mensajero del conocimiento, la tentación y la catástrofe. Cada cosa pierde su candor para transformarse en lo que esconde, germina o significa. En estos momentos, insoportables, lo único que se desea es cerrar los ojos, taparse los oídos, abolir el pensamiento y hundirse en un sueño sin riberas.

49

La sorpresa o más bien el pavor que me produjo el empleado de la Agencia que, con su brazo atrofiado, ese brazo más corto que el otro, terminado en una mano que no es mano sino una especie de muñón con uñas, amenazó al mozo del bar. En ese momento me di cuenta de que la extremidad que yo consideraba como su punto más débil, y debido a lo cual lo compadecía, era su instrumento normal de agresión.

50

El policía del metro: bella frente, mirada noble, nariz perfilada, expresión de sensibilidad e inteligencia, que me hicieron preguntarme qué hacía ese artista en potencia cubierto con ese desprestigiado uniforme. De pronto un compañero se acerca y le dice algo al oído. El policía empieza a reír, los ojos se le desorbitan, su nariz se achata, sus maxilares comienzan a desquiciarse, su perfecta dentadura asoma ferozmente, todos los tendones y nervios de su cuello vibran, sus músculos faciales se agarrotan y de sus fauces brota un rugido atroz, inhumano, como el de un jabalí acosado o un toro atravesado por el estoque. Su risa lo delata.

51

Lectura del tomo quinto de la *Historia de Francia* de Michelet. Así como yo olvido los detalles de esto que leo y no guardo más que una impresión general de malestar y de horror, aparte de tres o cuatro anécdotas, el mundo olvida su propia historia, no la interroga y no saca de ella ninguna enseñanza. Diríase que la historia se ha hecho para olvidarse. ¿Qué humano, a no ser un especialista, reflexiona ahora sobre las exacciones que sufrieron los judíos bajo Felipe el Hermoso o sobre la confiscación y destrucción de los templarios? Por ello mismo, en la historia que se escriba en el año tres mil, la segunda guerra mundial que tanto costó a la humanidad ocupará tan sólo un párrafo y la guerra de Vietnam, una nota al fin del volumen que muy pocos se darán el trabajo de leer. La explicación reside en que el hombre no puede al mismo tiempo enterarse de la historia y hacerla, pues la vida se edifica sobre la destrucción de la memoria.

52

Viajar en un tren en el sentido de la marcha o de espaldas a ella: la cantidad física de paisaje que se ve es la misma, pero la impresión que se tiene de él es tan distinta. Quien viaja en el buen sentido siente que el paisaje se proyecta hacia él o más bien se siente proyectado hacia el paisaje; quien viaja de espaldas siente que el paisaje le huye, se le escapa de los ojos. En el primer caso, el viajero sabe que se está acercando a un sitio, cuya proximidad presiente por cada nueva fracción de espacio que se le presenta; en el segundo, sólo que se aleja de algo. Así, en la vida, algunas personas parecen viajar de espaldas: no saben adónde van, ignoran lo que las aguarda, todo los esquiva, el mundo que los demás asimilan por un acto frontal de percepción es para ellos sólo fuga, residuo, pérdida, defecación.

53

Distancia: a doscientos metros no podemos saber si una mujer es bella. A unos centímetros todas son iguales. La percepción de la belleza necesita cierto margen espacial, que varía no sólo de acuerdo al observador, sino también de acuerdo al objeto observado. Entre nosotros decíamos sobre algunas mujeres, utilizando una expresión ya convenida, «tiene buen lejos», pues a cierta distancia parecía guapa, pero apenas se acercaba no lo era. Otras en cambio tienen «buen cerca», pero al alejarse notamos que son desproporcionadas o flacas o con las piernas torcidas. ¿Qué distancia debe servirnos de patrón para dar un veredicto estético sobre una persona? Un amigo, a quien hice esta consulta, me respondió: «La distancia de la conversación».

54

Las relaciones que uno tiene con su mujer, por hermosa que sea, llegan con el tiempo a hacerse tan rutinarias como las que uno mantiene con su ciudad. Rutinarias en el sentido de que la atención se afloja y uno termina por no percibir del objeto cercano más que ciertos puntos de referencia. Así como al cabo de habitar varios años en una ciudad no vemos ya las plazas, las avenidas, los monumentos, sino cuando el azar o la obligación nos lo proponen (Ah, pero aquí había árboles, oh, fíjate qué hermoso portal, etc.), del mismo modo a veces descubrimos que nuestra mujer tiene senos o bonitos ojos o apetecibles caderas. Pero son momentos esporádicos y se diría anormales, puesto que exigen en nosotros un nuevo enfoque o una nueva regulación en el diafragma de nuestra conciencia, lo que implica un esfuerzo, y por esa misma razón encuentra en nosotros resistencia. Es por este motivo que la vida conyugal, cuando no hay hijos ni intereses comunes ni afinidades intelectuales ni sobre todo compatibilidades temperamentales o sexuales, llega a convertirse en una ficción, en un compañerismo a ciegas, tan fantasmal como el itinerario mil veces seguido por una ciudad en la cual sólo nos conducen nuestros reflejos. La mujer lo comprende y a veces trata de hacerse visible con un nuevo peinado, un detalle vestimentario o una invitación a seguirle por el barrio no visitado, réprobo, de su cuerpo. El hombre también lo comprende y exige a veces un cambio de apariencia (caso patológico del travesti). Pero los disfraces también cansan y no son otra cosa que disfraces.

55

Ayer recordé súbitamente las noches de Miraflores y empecé a escribir una narración. Entonces y sólo entonces me di cuenta de que esas noches —dos o tres de la mañana— tenían una música particular. No eran silenciosas. En esa época, cuando vivíamos esas noches, decíamos incluso: «¡Qué tranquilidad! No se escucha nada». Pero era falso. Sólo ahora, al rememorar esas noches con el propósito de describirlas, puedo darme cuenta de los rumores que las poblaban. Resacas de los acantilados, quejidos del lejano tranvía nocturno, ladridos de perros en las huacas y una especie de zumbido, de estampido persistente y ahogado, como el de una trompeta que gime en el fondo de un sótano. Comprendí entonces que escribir, más que transmitir un conocimiento, es acceder a un conocimiento. El acto de escribir nos permite aprehender una realidad que hasta el momento se nos presentaba en forma incompleta, velada, fugitiva o caótica. Muchas cosas las conocemos o las comprendemos sólo cuando las escribimos. Porque escribir es escrutar en nosotros mismos y en el mundo con un instrumento mucho más riguroso que el pensamiento invisible: el pensamiento gráfico, visual, reversible, implacable de los signos alfabéticos.

56

Un amigo me revela negligentemente, como si de nada se tratara, algo que ocurrió hace años, muchos años, y de pronto siento dentro de mí un derrumbe de galerías. Zonas íntegras de mi pasado se hunden, se anegan o se transfiguran. Esto me sirve para comprobar que no somos dueños de nada, ni siquiera de nuestro pasado. Todo lo que hemos vivido y que tendemos a considerar como una adquisición definitiva, inmutable, está constantemente amenazado por nuestro presente, por nuestro futuro. La maravillosa historia de amor, que guardábamos en un sarcófago de nuestra memoria y que visitábamos de cuando en cuando para buscar en ella un poco de orgullo, de ánimo, de calor o de consuelo, puede reducirse a polvo por la carta que hallamos en un libro viejo el día en que mudamos de lugar la biblioteca. Una puta nos revela una noche que el padre venerado, que permanecía hasta tarde en la oficina para ganar más y mantener con holgura a su familia, frecuentaba a esa misma hora los prostíbulos más abyectos de la ciudad. Por un azar descubrimos que el amigo adulto que admirábamos de niños, porque era con nosotros tan generoso y tan asiduo, era un pederasta que nos hacía astutamente la corte con el propósito de corrompernos. Pero no todo se deteriora en esta permanente erosión del pasado. También las épocas sombrías se iluminan. Así, la abuela que odiábamos y que llenó de rencor nuestra infancia por su severidad, su malhumor, sus caprichos, era en realidad una mujer buenísima, que sufría un mal incurable y que repartía prospectos de madrugada en las casas para poder con su salario comprarnos caramelos. En suma, nada hemos adquirido, ni paz, ni gloria, ni dolor, ni desdicha. Cada instante nos hace otros, no sólo porque se añade a lo que somos, sino porque determinará lo que seremos. Sólo podremos saber lo que éramos cuando ya nada pueda afectarnos, cuando —como decía alguien— el cuadro quede colgado en la pared.

57

Las únicas personas civilizadas de la playa de Albufeira son esos campesinos que a veces bajan de sus chacras de higos y almendros, vestidos de negro bajo el sol torrencial, con su extraña manera de ponerse el sombrero, muy tirado sobre los ojos y levantado sobre la nuca y que se quedan contemplando en silencio, un poco asombrados, pero con altura e indulgencia y sabiduría, a los turistas que, disfrazados de ranas, desollados vivos en la resolana, metidos en bolsas de toallas, engrasados como armas de fuego, han desembarcado de vehículos rodantes venidos del norte y ahora retozan en la arena, leyendo *Die Welt*, *The Times*, *Le Monde* e introduciendo, sin saberlo, en ese espacio bellísimo, los primeros signos de la barbarie.

58

Ahora que mi hijo juega en su habitación y que yo escribo en la mía me pregunto si el hecho de escribir no será la prolongación de los juegos de la infancia. Veo que tanto él como yo estamos concentrados en lo que hacemos y tomamos nuestra actividad, como a menudo sucede con los juegos, en la forma más seria. No admitimos interferencias y desalojamos inmediatamente al intruso. Mi hijo juega con sus soldados, sus automóviles y sus torres y yo juego con las palabras. Ambos, con los medios de que disponemos, ocupamos nuestra duración y vivimos un mundo imaginario, pero construido con utensilios o fragmentos del mundo real. La diferencia está en que el mundo del juego infantil desaparece cuando ha terminado de jugarse, mientras que el mundo del juego literario del adulto, para bien o para mal, permanece. ¿Por qué? Porque los materiales de nuestro juego son diferentes. El niño emplea objetos, mientras que nosotros utilizamos signos. Y para el caso, el signo es más perdurable que el objeto que representa. Dejar la infancia es precisamente reemplazar los objetos por sus signos.

59

Un toro negro a la sombra de un olivo. Praderas de melones rampantes. Poca vid. Naranjos a pérdida de vista. Montículos de olivares. Un tunar extraviado. Cabras sedientas. Poca agua. Pobreza. Planicies de girasoles secos. Una vieja enlutada cavando la tierra bajo el sol. Gitanos andarines. Andalucía.

60

A mí los tullidos, los tarados, los pordioseros y los parias. Ellos vienen naturalmente a mí sin que tenga necesidad de convocarlos. Me basta subir a un vagón de metro para que, en cada estación, de uno en uno, suban a su vez y vayan cercándome hasta convertirme en algo así como el monarca siniestro de una Corte de los Milagros. La juventud, la belleza, en el andén del frente, en el vagón vecino, en el tren que se fue. En cuántas bifurcaciones de los pasillos del metro he perdido para siempre un amor.

61

Esas mañanas nulas, canceladas, en las que escucho música sin oírla, fumo sin sentir el sabor del tabaco, miro por la ventana sin ver nada, pierdo en realidad todo contacto con la realidad sin que por eso acceda a un mayor contacto conmigo mismo, esas mañanas, ni en el mundo ni en mi conciencia, floto en una especie de tierra de nadie, un limbo donde están ausentes las cosas y las ideas de las cosas y no me dejan otro legado, esas mañanas, que una duración sin contenido.

62

El azar de mis trabajos y andanzas me lleva al barrio de Saint-Cloud, cerca de la casa donde vivió una amiga hace dieciséis años. Retrocedo, indago, busco el lugar que habitaba. Llego al Sena y recorro un trecho del muelle. Búsqueda vana. El antiguo puente ha sido reemplazado por uno más moderno y para ello ha sido necesario derribar su casa que daba al río. Allí, justo donde estaba su cama, su cuarto con terraza sobre el río, se yergue el pilar del puente, a pico sobre una mole de cemento. Nada ha quedado. Y yo que quería tan poco, mirar apenas la ventana por donde juntos, al atardecer, veíamos pasar las barcazas. Ella, a miles de kilómetros de aquí, no piensa en esto y yo, de no haber venido al viejo barrio, tampoco pensaría. Pero el lugar, ¿por qué también él debía caer no sólo en el olvido, sino en la destrucción? ¿Qué testimonio, qué huella? También mueren los lugares donde fuimos felices.

63

Observación trivial que me ha dejado estupefacto, tanto, que imagino que debe haber en ella una falacia imperdonable. Partí del principio de que tengo dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos. ¿Por qué no seguir adelante? Cogiendo lápiz y papel hice la progresión. En el año 1780 tenía 64 ancestros (calculando 30 años por generación), en el año 1480 tenía 65.536, en el año 1240 tenía 16.713.216, en el año 1060 tenía 1.069.645.824. Y no seguí porque ya entraba en el absurdo, en la más grande falsedad histórica: simplemente porque en el año 1060 la población del mundo no llegaba a dos mil millones de habitantes. ¿Qué explicación puede tener esto? El incesto y la poligamia pueden reducir en parte estas cifras, pero no al extremo de anular su inaceptable cuantía. Misterio. Paradoja: cada habitante del globo desciende de todos los anteriores habitantes del globo (cono invertido), pero de un anterior habitante del globo y su pareja descienden todos los habitantes actuales (cono normal).

64

Las aeromozas forman numerosas sectas y están afectadas a diferentes parroquias volantes. Ellas son las sacerdotisas de la religión, de la técnica y están, por principio, consagradas a la muerte. Unas de rojo, otras de azul, otras de amarillo, trajinan por el aeropuerto, se saludan, se reúnen, se dispersan, desaparecen, guiadas por una voz invisible, máxima, que las entrega a la Rosa de los Vientos. Cuántas de ellas esa misma mañana lavaron su cuerpo, se ajustaron la malla de nylon, echaron pintura a sus párpados para, horas después de tomar el avión, terminar colgadas en pedazos de los árboles de un trópico sin alma o estampadas para siempre en los picos más inaccesibles.

65

Por la misma vereda desierta por donde yo camino, un hombre viene hacia mí, a unos cien metros de distancia. La vereda es ancha, de modo que hay sitio de más para que pasemos sin tocarnos. Pero a medida que el hombre se acerca, la especie de radar que todos llevamos dentro se descompone, tanto el hombre como yo vacilamos, zigzagueamos, tratamos de evitarnos, pero con tanta torpeza que no hacemos sino precipitarnos hacia una inminente colisión. Esta finalmente no se produce, pues faltando unos centímetros logramos frenar, cara contra cara. Y durante una fracción de segundo, antes de proseguir nuestra marcha, cruzamos una fulminante mirada de odio.

66

Mientras más conozco a las mujeres, más me asombran. Si no se produce alguna mutación en el género humano, estos hombrecillos que entre las piernas, en lugar de nuestro colgajo, tienen un surco, un estuche, seguirán siendo enigmáticos, caprichosos, tontos, geniales, ridículos, en fin, para decirlo en una palabra, maravillosos. ¿Qué me atrae en ellas? Al llegar a los cuarenta años uno se da cuenta de que más vale vivir en el comercio de las mujeres que de los hombres. Ellas son leales, atentas, se admiran fácilmente, son serviciales, sacrificadas y fieles. No rivalizan con nosotros en el terreno al menos en que los hombres rivalizan: la vanidad y el amor. Con ellas sabemos a qué atenernos, o están con nosotros o están contra nosotros, pero nunca esas medias tintas, esos celos, esas fricciones que tenemos con nuestros pares. Además, ellas son las únicas que nos ponen en contacto directo con la vida, tomada esta en su sentido más inmediato y también más profundo: la compañía, la conjunción, el placer, la fecundación, la progenie.

67

¿Quién conoce mi faceta de animal nocturno? Cuántas veces en mi cuarto, estando ocupado en alguna lectura, he sentido penetrar por las ventanas, por las rendijas de la puerta, el llamado de la noche. Ponerse el abrigo y comenzar a caminar. Pequeñas luces, cielos opacos o estrellados, gente que sale lavada, peinada, en busca de placer. Estaciones en los bares, sin precipitación, bebiendo a pausa un trago fino, mirando, pensando, sintiendo operarse la transfiguración… De pronto ya somos otro: una de nuestras cien personalidades muertas o rechazadas nos ocupa. Nuestro cuerpo la portará, la soportará hasta el alba. Luego la enterrará en una mala cama de hotel, en una última copa que no debió nunca venir. Rostros de mujer, bellas cortesanas, besos pagados, comedia del amor, mis largas, mis incontables noches de bebedor anónimo en Europa, ¿qué cosa me han enseñado? Vieja y exacta metáfora de identificar a la mujer con la tierra, con lo que se surca, se siembra y se cosecha. El arado y el falo se explican recíprocamente. Ellas son en realidad el humus donde estamos asentados, de donde hemos venido, hacia donde vamos. Hacer el amor es un retorno, un impulso atávico que nos conduce a la caverna original, donde se bebe el agua que nos dio la vida.

68

Cada vez más tengo la impresión de que el mundo se va progresivamente despoblando, a pesar del bullicio de los carros y del ajetreo de la muchedumbre. ¡Es tan difícil ahora encontrar una persona! No nos cruzamos en la calle sino con siluetas, con figuras, con símbolos. Un chofer de taxi, por ejemplo, no es un individuo, sino un modelo social: gruñón, amargado, insolente, antes de subir a su coche ya sabemos de qué va a hablar, qué argucias va a inventar para hacer más sinuosa y provechosa la carrera. Una vendedora de gran almacén es la misma vendedora de todos los grandes almacenes: indiferente, desdeñosa, maleducada, aires de gran señora caída allí por accidente. Y la adolescente en *blue-jeans* que nos aborda en la calzada no es el ángel personal con el que soñábamos desde nuestra infancia, sino la copia tirada a miles de ejemplares de la buscona que tanto aquí como en Londres, San Francisco o Hamburgo detiene al transeúnte para pedirle la moneda destinada al arquetipo barbudo que la espera a la vuelta de la esquina liando un cigarrillo volador. Comprendo las causas de esta degradación de la personalidad en las urbes demenciales, sólo verifico ahora sus efectos. Pero es penoso que tengamos que vivir entre fantasmas, buscar inútilmente una sonrisa, un convite, una apertura, un gesto de generosidad o de desinterés y que nos veamos forzados, en definitiva, a caminar, cercados por la multitud, en el desierto.

69

Pasa una vistosa camioneta amarilla con este anuncio publicitario: «*Café fort décaféiné pour actifs décontractés*». De inmediato la imagen del *actif décontracté* se me presenta en espíritu de una manera nítida, fastidiosa, groseramente sensorial. Veo en ellos la raza de los triunfadores: ejecutivos de empresa, actores de cine, animadores de televisión, técnicos en informática o en relaciones públicas, etc. Y descubro a continuación que con esta gente los frustrados, los mediocres, nunca tienen contacto y por ello es que, como no pueden aprender de ellos ni imitarlos, continúan en la mediocridad y la frustración. Las personas con éxito sólo buscan y se reúnen con las personas con éxito, y los fracasados con los fracasados. Por ello la fosa que separa a triunfadores de fregados se ensancha cada vez más, como la que los economistas han diagnosticado entre pueblos pobres y ricos. Tan extraño es que un millonario ande con pobretones como que un artista de éxito pare con artistas de domingo. Las personas que triunfan forman de inmediato una logia, como los ricos, porque triunfo y fortuna son complementarios, caras de una misma moneda. Y esta asociación espontánea es explicable porque el éxito llama al éxito, como el dinero al dinero. El éxito sólo puede aumentar si está en contacto con el éxito, porque se refleja en él y se fortifica, así como los ricos se alían con los ricos porque de su alianza brota mayor fortuna. Esto explica también la avidez de la masa por la televisión, las revistas de cine, la vida oculta o privada de millonarios o reyezuelos: porque es la única forma de acceder a las esferas inaccesibles de la gloria o la fortuna. Una participación mediatizada, es verdad, a través del ojo de la cerradura de la prensa barata, pero que sirve para alimentar ilusiones o enseñar a los frustrados, si no el camino, al menos la dirección que han seguido y sobre todo los frutos que recogen los *actifs décontractés*.

70

Podemos concebir un espacio sin tiempo, pero no un tiempo sin espacio. El tiempo necesita de las cosas para existir. En un universo absolutamente vacío el tiempo no existe. El tiempo es así una cualidad del ser, algo que le pertenece por definición pero del cual no podemos separarlo. El tiempo no puede aislarse ni almacenarse, ni en un calendario, ni en una clepsidra. No podemos ahorrarlo para utilizarlo luego. El tiempo desaparece conforme se usa. Hacia atrás no hay absolutamente nada: nada separa el día de ayer de la batalla de Lepanto, están unidos por su propia inexistencia. El único tiempo posible es el futuro, pues lo que llamamos presente no es sino una permanente desaparición. Pero el futuro mismo no sabemos en qué consiste, es una mera posibilidad. Sabemos que está allí, que viene hacia nosotros, que está a punto de llegar. Pero ¿cómo?, ¿dónde? El tiempo sería así el ámbito de la caída de lo que existe, si no la propia caída.

71

Nada más deprimente que percibir por una ventana entreabierta el interior de una *loge* de portera parisina. Cada una de estas *loges* es el santuario de lo horrible. En este pequeño espacio se dan cita los objetos más feos del mundo: flores de plástico, *bibelots* de ferretería y esos peces de cerámica rígidos, siniestros, que, adosados al muro, nos taladran con su ojo ciego. Si uno quisiera alguna vez hacer un museo o una exposición con lo más tosco y vulgar de nuestra manufactura, no tendría más que recolectarlo en estas *loges*. El gusto de estas mujeres es verdaderamente demoniaco, no tiene ni paz ni límites. Hay toda una industria, sin duda, especialmente destinada a satisfacer este apetito estragado y que fabrica en serie, aconsejada por modelistas paranoicos, toda una gama de productos para los cuales el mercado espiritual es ilimitado: zapatillas de trapo, cupidos de marmolina, fruteros de madera tallada y esos centros de mesa, especie de naturaleza muerta en mayólica, que fascinan a colmo de horror y terminan por poblar toda nuestra vida de pesadillas.

72

Literatura es afectación. Quien ha escogido para expresarse un medio derivado, la escritura, y no uno natural, la palabra, debe obedecer a las reglas del juego. De ahí que toda tentativa para dar la impresión de no ser afectado —monólogo interior, escritura automática, lenguaje coloquial— constituye a la postre una afectación a la segunda potencia. Tanto más afectado que un Proust puede ser un Céline o tanto más que un Borges un Rulfo. Lo que debe evitarse no es la afectación congénita a la escritura, sino la retórica que se añade a la afectación.

73

Las turistas norteamericanas del ómnibus: viejas y arrugadas. Pero arrugadas de una manera diferente a como se arrugan las mujeres por otras latitudes. Se habían arrugado en el confort y la bonanza. Los surcos de su cara eran el fruto de gestos placenteros, jubilosos y hartos, repetidos hasta el infinito, hasta haberles impreso la máscara de una vejez sin grandeza, la vejez de la satisfacción.

74

El viejo, el ancestral cazador que hay en todos nosotros renace en ciertas circunstancias. Cualidades que poseemos dispersas, pero rara vez concentradas en una sola actividad, como son el silencio, la paciencia, el sigilo, la atención, la agilidad, la celeridad, la sorpresa, se dan cita en la superficie de nuestro ser y nos convierten en un avezado y cruel hombre del paleolítico. Así, cuando mi gato comete alguna grave tropelía, con qué astucia y tenacidad lo aguardo encogido tras un sillón o detrás de una puerta, tendiéndole alguna sutil celada, durante interminables minutos, para al fin saltar sobre él y atacarlo por su lado más vulnerable.

75

Nuestra naturaleza tiende a expulsar el dolor, no a conservarlo. A los tres días de la muerte de T. pienso menos en ella y, cuando lo hago, no siento ya esa opresión en el pecho, en la garganta, esa opresión que, de no dominarla, se extiende rápidamente hacia la cara, deforma nuestros rasgos y se convierte en llanto. El dolor lo vamos echando por pequeños paquetes y sólo queda en nosotros el estupor, la indignación.

Una niña de ocho años, hermosísima, mimada, hija única de padres que la adoraban, padres inteligentes, hermosos también, de una posición holgada, que le garantizaban a su hija una vida que sería imposible predecir feliz, pero sí provista de todas las cartas para que no fuera desgraciada. Y esta niña es súbitamente víctima de una enfermedad incurable. En un año, entre ingresos y salidas del hospital, mejorías y recaídas, va perdiendo su belleza, sus cabellos, su vida, hasta convertirse en una muñequita triste, huesitos y piel transparente, que, aterrada, no acierta a explicarse lo que le sucede, no comprende por qué antes corría, jugaba, saltaba por parques, playas y jardines con otros niños y ahora tiene que estar en ese cuarto de hospital, sin poder moverse de la cama, rodeada de enfermeras, de hombres vestidos de blanco que la observan, la palpan, la punzan, y de sus padres que cada vez hablan menos, que envejecen cada día a su cabecera, que la miran convulsivamente, como algo que va dejando de ser suyo. Ignorante, inocente, está ya mordida por la muerte y, un día, de pronto, ya no vuelve a ver a sus padres, ni el oso de peluche con que dormía, ni ese librito con figuras, ni la jeringa que temía, ni nada. Toda ánima, todo soplo la abandona, queda arrugada, hueca, vana, pura envoltura, como un globo de fiesta desinflado.

La última vez que la vi, antes de su entrada definitiva al hospital, fue en su casa. Ya entonces, a pesar de una leve mejoría, se diría que no vivía sino que mimaba la vida. Le habían comprado un disfraz de española. Encantada se lo puso y dio un paseo por la sala, representando así, fugaz, vicariamente, un papel de adulta, de una adultez que nunca llegaría.

¿Por qué nos aflige tanto la muerte de un niño? ¿No es acaso lo mismo morir a los ocho años que a los treinta o los cincuenta? No, porque con los niños muere un proyecto, una posibilidad, mientras que con los adultos muere algo ya consumado. La muerte de un niño es un despilfarro de la naturaleza, la de un adulto el precio que se paga por un bien que se disfrutó.

76

Cenando de madrugada en una fonda con un grupo de obreros me doy cuenta de que lo que separa lo que se llama las clases sociales no son tanto las ideas como los modales. Probablemente yo compartía las aspiraciones de mis comensales y, más aún, estaba mejor preparado que ellos para defenderlas, pero lo que nos alejaba irremediablemente era la manera de coger el tenedor. Este simple gesto, así como la forma de mascar, de hablar y de fumar, creaba entre nosotros un abismo más grande que cualquier discrepancia ideológica. Es que los modales son un legado que se adquiere a través de varias generaciones y cuya presencia perdura por encima de cualquier mutación intelectual. Yo estaba de acuerdo con la manifestación de la que hablaban e incluso con la huelga, pero no con la vulgaridad de sus ademanes ni con el carácter caótico y estridente de su discurso. Mi bistec me hubiera sabido mejor si lo hubiera comido frente a un oligarca podrido, pero que hubiera sabido desdoblar correctamente su servilleta. Lo que me habría permitido alternar con él no hubiera sido nuestras opiniones, sino nuestro comportamiento, pues la comunicación entre las gentes se da más fácilmente a través de las formas que de los contenidos. La importancia de los modales es tan grande que los que en mi país se llaman los huachafos tratan de saltar de una clase a otra, no mediante un cambio de mentalidad, sino gracias a la imitación de los modales, sin darse cuenta, como lo hacen los arribistas, que lo fácil es copiar las ideas, puesto que son invisibles, y no las maneras, lo que requiere una demostración permanente que los expone generalmente al ridículo. Pues los modales no se calcan, sino que se conquistan, son como una acumulación de capital, un producto, fruto del esfuerzo y la repetición, tan válido como cualquier creación de la energía humana. Son el santo y seña que permite a una clase identificarse, frecuentarse, convivir y sostenerse, más allá de sus pugnas y discordias ocasionales. Lo único que puede llegar a nivelar los modales, inventando otros nuevos más naturales y soportables, son las verdaderas revoluciones. De ahí que a las inauténticas se las reconoce, no por la ideología que tratan de propagar, sino por la perpetuación de los modales de una sociedad que creen haber destruido.

77

En su comportamiento con las mujeres los hombres son por lo general necios, fatuos y francamente detestables. Mis viajes en metro me tienen ya familiarizado con el ceremonial de los machos mediterráneos —españoles, italianos, argelinos, tunecinos y en menor grado franceses— que desde que suben a un vagón no piensan más que en ubicar a una mujer, de preferencia guapa, pero, si no la hay, a cualquier mujer, para aprovechar la apretura y frotarse contra ella. Si no es hora de aglomeración, no importa, tratan de colocarse frente a una mujer para mirarle las piernas o, los más románticos, fijamente a los ojos, esperando no sé qué, vanamente, durante diez o veinte estaciones. Pero el colmo, por lo que tiene de quimérico como proyecto o de efímero como placer, son las agresiones visuales que sufren las mujeres de hombres que no viajan en su metro, sino del que va en dirección contraria. Los vagones se cruzan durante segundos en cada estación, pero aun así no falta nunca, líbreme Dios, nunca, un cabro mostachudo, escuálido o depravadamente calvo, que lance su mirada ávida hacia el vagón inverso y, si distingue a una mujer guapa, no la observe con impertinencia o gula o provocación o arrogancia. ¿Qué función cumple esta fugaz mirada? ¿Es el homenaje genérico, impersonal, rutinario del sexo fuerte al débil? ¿El propósito de registrar una figura que pasará a formar parte de un harem interior? ¿La esperanza de sorprender en la mujer observada una respuesta a ese fulminante convite sexual? Presuponiendo que la respuesta sea afirmativa, ¿cómo ingeniárselas para pasar de un vagón a otro que va en sentido contrario o al menos concertar una cita en fracciones de segundo? Todo esto es descabellado, iluso. Pero sucede todos los días en el metro, hasta las náuseas, hasta la compasión. Porque el macho mediterráneo, al término de su viaje en metro, no debe llevar más que el peso de una terrible frustración, sin otra salida que la de hacer el amor a ciegas con su mujer fea o ya usada, o masturbarse estoicamente, como un orangután enjaulado.

78

Para un padre, el calendario más veraz es su propio hijo. En él, más que en espejos o almanaques, tomamos conciencia de nuestro transcurrir y registramos los síntomas de nuestro deterioro. El diente que le sale es el que perdemos; el centímetro que aumenta, el que nos empequeñecemos; las luces que adquiere, las que en nosotros se extinguen; lo que aprende, lo que olvidamos; y el año que suma, el que se nos sustrae. Su desarrollo es la imagen simétrica e invertida de nuestro consumo, pues él se alimenta de nuestro tiempo y se construye con las amputaciones sucesivas de nuestro ser.

79

El alcohol produce en nuestros sentidos una vibración que nos permite distorsionar nuestra percepción de la realidad y emprender de ella una nueva lectura. Aquello que debía ser recibido como una totalidad llega a nosotros descompuesto y podemos así tomar nota de sus elementos y establecer entre ellos un nuevo orden de prioridades. Al beber cambiamos sencillamente de lente y recibimos del mundo una imagen que tiene en todo caso la ventaja de ser distinta de la natural. En este sentido la embriaguez es un método de conocimiento. La embriaguez moderada, es decir, aquella que nos aleja de nosotros mismos sin abandonarnos, no la borrachera, en la cual nuestra conciencia le dice adiós a nuestro comportamiento.

80

A cierta edad, que varía según las personas pero que se sitúa hacia la cuarentena, la vida comienza a parecernos insulsa, lenta, estéril, sin atractivos, repetitiva, como si cada día no fuera sino el plagio del anterior. Algo en nosotros se ha apagado: entusiasmo, energía, capacidad de proyectar, espíritu de aventura o simplemente apetito de goce, de invención o de riesgo. Es el momento de hacer un alto, reconsiderarla bajo todos sus aspectos y tratar de sacar partido de sus flaquezas. Momento de suprema elección, pues se trata en realidad de escoger entre la sabiduría o la estupidez.

81

Al lado del carril de la vida, por donde todos andamos, hay una vía paralela, que eligen sólo los iluminados. Vía expresa, no se detiene en ninguna estación ni se deja tentar por las delicias del paisaje. Ella lleva directamente a su término y en el plazo más corto, pues el tiempo que la gobierna no es el que figura en nuestros relojes. ¿Quién no ha estado tentado alguna vez de seguirla? He conocido a héroes precoces, drogados inclementes, que desdeñaron la senda ordinaria, por su prisa desesperada de llegar, centelleando, a la muerte.

82

A veces descorro el visillo y lanzo una mirada ávida sobre el mundo, lo interrogo, pero no recibo ningún mensaje, salvo el del caos y la confusión: automóviles que circulan, peatones que cruzan la plaza, negocios que encienden sus luces, excavadoras que aran un terreno baldío, pájaros extraviados buscando un remanso en el bullicio. Son los días nefastos, en los cuales nada podemos desentrañar, pues nuestra conciencia está excesivamente embarazada por la razón y nuestros ojos empañados por la rutina. Limpiar ambos de lo que los estorba no es una tarea fácil. A veces se consigue por un esfuerzo de concentración, otras viene naturalmente, gracias a un trabajo interior en el cual no hemos deliberadamente participado. Sólo entonces la realidad entreabre sus puertas y podemos vislumbrar lo esencial.

83

Arte del relato: sensibilidad para percibir las significaciones de las cosas. Si yo digo: «El hombre del bar era un tipo calvo», hago una observación pueril. Pero puedo también decir: «Todas las calvicies son desgraciadas, pero hay calvicies que inspiran una profunda lástima. Son las calvicies obtenidas sin gloria, fruto de la rutina y no del placer, como la del hombre que bebía ayer cerveza en el Violín Gitano. Al verlo, yo me decía: ¡En qué dependencia pública habrá perdido este cristiano sus cabellos!». Sin embargo, quizás en la primera fórmula resida el arte de relatar.

84

Hay veces en las cuales la taberna tiene un aire siniestro y entonces las noches se cubren de una irremediable tristeza. En el mostrador los borrachines y putillas de costumbre. La sala del fondo casi desierta: una pareja abrazada, una vieja tomando un agua mineral, un tecnócrata discutiendo con un burócrata. Yo y mi *gigondas* en un rincón, mirando, esperando. ¿Esperando qué? Eso, el milagro, un azar, un encuentro, un soplo de misterio o de poesía. Pero nada. A la tercera copa apago mi cigarrillo y me voy, no vencido, sino avergonzado, por haber creído que aún cabe aguardar en este mundo trivial la irrupción de lo maravilloso.

85

La única manera de comunicarme con el escritor que hay en mí es a través de la libación solitaria. Al cabo de unas copas, él emerge. Y escucho su voz, una voz un poco monocorde, pero continua, por momentos imperiosa. Yo la registro y trato de retenerla hasta que se va volviendo cada vez más borrosa, desordenada, y termina por desaparecer cuando yo mismo me ahogo en un mar de náuseas, de tabaco y de bruma. ¡Pobre doble mío, a qué pozo terrible lo he relegado, que sólo puedo tan esporádicamente, y a costa de tanto mal, entreverlo! Hundido en mí como una semilla muerta, quizás recuerde las épocas felices en que cohabitábamos, más aún, en que éramos el mismo y no había distancias que salvar ni vino que beber para tenerlo constantemente presente.

86

El hecho material de escribir, tomado en su forma más trivial si se quiere —una receta médica, un recado—, es uno de los fenómenos más enigmáticos y preciosos que puedan concebirse. Es el punto de convergencia entre lo invisible y lo visible, entre el mundo de la temporalidad y el de la espacialidad. Al escribir, en realidad, no hacemos otra cosa que dibujar nuestros pensamientos, convertir en formas lo que era sólo formulación y saltar, sin la mediación de la voz, de la idea al signo. Pero tan prodigioso como escribir es leer, pues se trata de realizar la operación justamente contraria: temporalizar lo espacial, aspirar hacia el recinto inubicuo de la conciencia y de la memoria aquello que no es otra cosa que una sucesión de grafismos convencionales, de trazos que para un analfabeto carecen de todo sentido, pero que nosotros hemos aprendido a interpretar y a reconvertir en su sustancia primera. Así, toda nuestra cultura está fundada en un ir y venir entre los conceptos y sus representaciones, en un permanente comercio entre mundos aparentemente incompatibles pero que alguien, en un momento dado, logró comunicar, al descubrir un pasaje secreto a través del cual podía pasarse de lo abstracto a lo concreto, gracias a una treintena de figuras que se fueron perfeccionando hasta constituir el alfabeto.

87

Cuando me quedo solo en casa como ahora, bastan dos o tres días para que a mi alrededor se instaure ese desorden que siempre me acompañó en mis tiempos de soltero. Un desorden que viene además con toda naturalidad, como si emanara de mí, y que constituye en realidad mi verdadero orden. En el dormitorio la cama destendida, camisas colgando de todas las sillas, libros tirados por el suelo, tres vasos en la mesa de noche con agua de días, pastillas contra el dolor de cabeza, ceniceros repletos de colillas, calcetines tirados debajo de la cama, chicles encima del escritorio, más pastillas, boletos de metro, misteriosas llaves salidas no se sabe de dónde, paquetes de cigarrillos a medio terminar, jebecitos, lapiceros sin carga, pilas de libros, un vaso con restos de un gin de ayer, una taza de té con una colilla aplastada, monedas de varios países… Decorado que escruto con simpatía y una pizca de inquietud, sin atreverme a modificarlo, dejándolo librado a su propia descomposición.

88

Llegan puntualmente a las cinco de la tarde al bar de la clase turista, con su uniforme negro, un patético aire de enterradores. Uno desenfunda su violín, el otro su violoncello y el tercero se sienta ante el piano, reparte las partituras, da la nota y ataca la melodía, seguido de sus compañeros. Es una música pasada de moda, pegajosa, sentimentaloide, pretenciosamente selecta, pero al mismo tiempo con un airecillo popular, como aquella que se escucha en las efemérides de provincia o en los salones de té de dudosa categoría. La tocan además sin júbilo ni interés, ni siquiera como quien se aplica a un deber, sino como quien cumple una penitencia.

El pianista es calvo, usa anteojos, la estructura de su cara es recia, un poco a lo *cromagnon*, tiene la expresión de un hombre amargado, colérico, descontento de su suerte, pero destinado por su función a ser un mensajero del esparcimiento y un símbolo de la alegría de vivir. Tan sólo en ciertos finales de la pieza su personalidad emerge y entonces jadea, bufea, golpea el piano con un vigor que el público toma por inspiración, pero que no es más que malhumor reprimido. Luego de las cinco piezas de reglamento, no obstante el pedido de un público aburrido y embrutecido, corre el pulgar por todo el teclado y tira la tapa del piano sin que un músculo de su cara se mueva, dando a entender así que el concierto ha terminado.

El cellista es extraño, ¿qué clase de miseria es la suya? Empecemos diciendo que conserva el cabello en toda la cabeza, pero tan ralo, tan descolorido y tan pegado al cráneo que de lejos da la impresión de ser tan calvo como el pianista. Bajo los ojos no avanza, sino que está allí, adherida no se sabe cómo, la más triste nariz que he visto en mi vida: larguísima, desolada, un poco asimétrica, como si estuviera puesta adrede para que demos de ella de tirones o tratemos de enderezarla. Todo el rostro soporta esta nariz con cierta vergüenza, diríase que se excusa de sobrellevarla, los ojitos miopes que piden perdón tras los anteojos, la boquita fruncida en una O perpetua y el bigotito bajo tan infamante instrumento. Digamos por último que este hombre no tiene mentón, hasta el punto que su cara parece una prolongación de su garganta.

El violinista es un sobreviviente de la época de oro de la ópera italiana. No sé por qué da siempre la impresión de estar maquillado y sobre tablas. Es el típico buenmozo, pero un buenmozo triste que por alguna razón no supo sacar partido de su belleza. Conserva todo su cabello muy tupido, pero completamente canoso, de modo que no se sabe si es un viejo que ha tenido la suerte de no perder el pelo o un joven que encaneció antes de tiempo. En todo caso este hombre confía aún en su fuerza de seducción, sobre todo en la de su mirada. Tiene, como se decía en Francia hace un siglo, *du regard*. Este hombre, antes de empezar el concierto, mientras afina su arco, pasea su *regard* por todo el auditorio y lo detiene de preferencia en las mujeres cincuentonas. Cree producir efecto. ¡Ah, tristísimo buenmozo diletante,

empecinadamente italiano! Es el único además que viene siempre con el uniforme impecablemente planchado y el que agradece los aplausos después de cada intervención, levantándose ligeramente de su asiento para hacer reverencias y rapidísimas venias a derecha e izquierda. A él están encomendados además los trozos de lucimiento, que ataca con energía, agitando su melena blanca y elevando de vez en cuando, por encima de su partitura, su *regard* sobre las mujeres. Comprendo que este hombre, hace cien años, con esos gestos y esos pavoneos, tuviera éxito entre las damas románticas de los pueblecitos. Ahora es un payaso y el típico marido cornudo de las piezas de Pirandello.

89

Durante diez años viví emancipado del sentido de la propiedad, de la profesión, de la familia, del domicilio y viajé por el mundo con una maleta llena de libros, una máquina de escribir y un tocadiscos portátil. Pero era vulnerable y cedí a sortilegios tan antiguos como la mujer, el hogar, el trabajo, los bienes. Es así cómo eché raíces, elegí un lugar, lo ocupé y empecé a poblarlo de objetos y de presencias. Primero alguien a quien querer, luego algo que este ser quisiera, después la utilería del caso: una cama, una silla, un cuadro, un hijo. Pero era sólo el comienzo, pues todos fuimos recolectores, nos volvemos coleccionistas y acabamos siendo un eslabón más en la cadena infinita de los consumidores. De modo que, estando ya usado, gastado para el disfrute, uno se ve circunscrito por las cosas. Libros que no se quiere leer, discos que no se tiene el tiempo de escuchar, cuadros que no se apetece mirar, vinos que hace daño beber, cigarros que tenemos prohibido fumar, mujeres a las que se carece de la fuerza de amar, recuerdos sin ánimo de consultar, amigos a quienes no hay nada que preguntar, y experiencias que no hay forma de aprovechar. Lo tardío, lo superfluo, lo antiguamente codiciado, se amontona en torno nuestro, se organiza en lo que podría llamarse una casa, pero cuando ya estamos despidiéndonos de todo, pues esta vida acumulativa termina por edificarse en el umbral de nuestra muerte.

90[1]

Nos paseamos como autómatas por ciudades insensatas. Vamos de un sexo a otro para llegar siempre a la misma morada. Decimos más o menos las mismas cosas, con algunas ligeras variantes. Comemos vegetales o animales, pero nunca más de los disponibles, en ningún lugar nos sirven el Ave del Paraíso ni la Rosa de los Vientos. Nos jactamos de aventuras que una computadora reduciría a diez o doce situaciones ordinarias. ¿La vida sería entonces, contra todo lo dicho, a causa de su monotonía, demasiado larga? ¿Qué importancia tiene vivir uno o cien años? Como el recién nacido, nada vamos a dejar. Como el centenario, nada nos llevaremos, ni la ropa sucia, ni el tesoro. Algunos dejarán una obra, es verdad. Será lindamente editada. Luego curiosidad de algún coleccionista. Más tarde la cita de un erudito. Al final algo menos que un nombre: una ignorancia.

91

Relectura de Gibbon, las interminables querellas en torno a la trinidad, la encarnación, la eucaristía, las imágenes. Cada religión segrega automáticamente sus propias herejías. Del cuerpo central de una doctrina se desprende siempre una o varias facciones que discuten puntos de detalle y que terminan por crear su propia doctrina, la que a su vez da origen a otras. Así como en el orden biológico ciertos procesos vitales perduran sólo a través de la partenogénesis, en el orden de las ideas ocurre lo mismo y estas sólo son fecundas de acuerdo al principio de la subdivisión permanente.

92

Uno de mis defectos principales es la dispersión, la imposibilidad de concentrar duraderamente mi interés, mi inteligencia y mis energías en algo determinado. Las fronteras entre el objeto de mi actividad del momento y lo que me rodea son demasiado elásticas y por ellas se filtran llamados, tentaciones, que me desplazan de una tarea a otra. Durante varios días estuve leyendo diarios íntimos femeninos, creyendo que por este camino iba a llegar a algún lugar, pero de pronto me desvié hacia los memorialistas franceses del siglo XVIII y esto también lo dejé para precipitarme sobre los OVNIS, tema que creía haber agotado hace semanas, pero que al azar de una lectura de periódico regresa a mí y me sumerge en lecturas agobiantes, que seguramente abandonaré en cualquier momento por la historia antigua, la alquimia o la antropología. Víctima soy, me doy cuenta, de la facilidad que existe ahora para informarse: libros de bolsillo, revistas de divulgación, manuales al alcance de todos, nos dan la impresión falaz de ser los hombres de un nuevo Renacimiento, Erasmos enanos, capaces de enterarse de todo en obras de pacotilla, compradas a precio de supermercado. Error que es necesario enmendar, pues hace tiempo sé, pero siempre lo olvido, que la información no tiene ningún sentido si no está gobernada por la formación.

93

La mayoría de las vidas humanas son simples conjeturas. Son muy pocos los que logran llevarlas a la demostración. Yo he identificado a quienes se encargarán de completar en mi vida las pruebas que faltaban para que todo no pase de un borrón. Han tenido casi las mismas experiencias, leído casi los mismos libros, sufrido casi las mismas desventuras, incurrido casi en los mismos errores. Pero serán ellos quienes escribirán los libros que yo no pude escribir.

94

Entro a la cocina y veo a mi mujer sumergida bajo centenares de platos, tazas, fuentes, ollas, copas, cubiertos, coladores, espumaderas, aparatos eléctricos, tratando de limpiarlos y de ponerlos en orden. Y me digo que no hay nada peor que caer bajo la dominación de los objetos. La única manera de evitarlo es poseyendo lo menos posible. Toda adquisición es una responsabilidad y por ello una servidumbre. De ahí que ciertas tribus recolectoras de Australia, Nueva Guinea, Amazonía, hayan decidido no poseer nada, lo que, paradójicamente, no es un signo de pobreza, sino de riqueza. Eso les permite la movilidad, la errancia, es decir, lo que no tiene precio: la libertad.

95

Nuestro rostro es la superposición de los rostros de nuestros antepasados. En el curso de nuestra vida los rasgos de unos se van haciendo más visibles que los de otros. Así, de bebés, nos parecemos al abuelo; de niños, a la madre; de adolescentes, al tío; de jóvenes, al padre; de maduros, al papa Bonifacio VI; de viejos, a un huaco Chimú y, de ancianos, a cualquier antropoide. Casi nunca nos parecemos a nosotros mismos.

96

El Más Allá nos envía a menudo a sus muertos. Ayer, por ejemplo, me crucé en la Rue de Vaugirard con el presidente Georges Pompidou. Hace unos días mi abuela Josefina se me acercó en la calle para preguntarme la hora. Semanas atrás, cosa más grave, estuve con Pablo Neruda tomando un café y conversando en una terraza de la Contrescarpe. No hace falta decir que los tres estaban de incógnito, el presidente vestido de albañil, mi abuela de monja y el poeta de fotógrafo ambulante. Allá ellos si quieren pasar desapercibidos. Pero yo los reconocí, sin equívoco posible. ¿Para qué vienen?, me pregunto. No creo que para recordar, ni para recoger algo que se les olvidó, ni para finalizar algún trámite que dejaron inconcluso en el ajetreo de su partida. Vienen tal vez como los emisarios secretos de alguna administración lejana, para dejar por debajo de la puerta la convocatoria que aún no esperábamos.

97

Somos un instrumento dotado de muchas cuerdas, pero generalmente nos morimos sin que hayan sido pulsadas todas. Así, nunca sabremos qué música era la que guardábamos. Nos faltó el amor, la amistad, el viaje, el libro, la ciudad capaz de hacer vibrar la polifonía en nosotros oculta. Dimos siempre la misma nota.

98

Los ecólogos se han encargado de denunciar la contaminación del medio ambiente, pero ¿quién se preocupa de la polución verbal e ideológica? ¡Y es tan visible! Y tan nociva, pues causa verdaderas depredaciones en la personalidad, sobre todo en lo que atañe al lenguaje. Yo he tomado nota de la corrupción de algunos hablantes, aplastados por el desmonte y los restos de una cultura de masas, que sueltan no importa dónde sus ideas y sus palabras. Le preguntan a una peluquera en la televisión qué piensa de su oficio y responde: «Es una prestación muy aleatoria, pero cuando hay una verdadera motivación, nos permite ciertas performances y expresar nuestra identidad». Más breve, pero igualmente ilustrativa, es la respuesta de un pintor abstracto del Caribe, completamente ignorante, que, al ser interrogado sobre la significación de sus figuras geométricas, contesta sonriente: «La semiótica, chico».

99

Durante muchos años, por un error del editor, que se había equivocado en el retrato de la contratapa, leí obras de Balzac pensando que tenía el rostro de Amiel, es decir, un rostro alargado, magro, elegante, enfermizo y metafísico. Sólo cuando más tarde descubrí el verdadero rostro de Balzac su obra para mí cambió de sentido y se me iluminó. Cada escritor tiene la cara de su obra. Así me divierto a veces pensando cómo leería las obras de Víctor Hugo si tuviera la cara de Baudelaire o las de Vallejo si se hubiera parecido a Neruda. Pero es evidente que Vallejo no hubiera escrito los *Poemas humanos* si hubiera tenido la cara de Neruda.

100

Embajadores que han perdido su cargo caminan por la calle con un aire de picapedreros, ministros destituidos parecen la foto amarillenta de su antigua efigie. Hay hombres así, que, abandonado el puesto, recaen en la insignificancia. Ello se debe a que no tenían otra manera de ser que su función.

101

Idea: en cada uno de nuestros actos hay un desperdicio de energía. Consideremos un hecho tan simple y cotidiano como el caminar. Para poner en movimiento nuestra masa tenemos que emplear una fuerza superior a su peso, pues de lo contrario quedaríamos inmóviles. De este modo, en cada paso que damos hay un excedente energético que queda sin uso y que constituye una dilapidación del esfuerzo humano. Estudiar la forma de recuperar esta energía sobrante. Por ejemplo, colocar en los zapatos de los caminantes —que son miles de millones al día— pilas o acumuladores. Y que los sabios se rompan luego la cabeza pensando en la etapa siguiente del proceso.

102

En el quiosco de un vendedor de loterías leo este aviso: «Aquí se vendió el último número del millón». Error táctico. Para atraer a los clientes, debería decir: «Aquí hasta ahora nunca se ha vendido el número del millón».

103

Lo difícil que es enseñarles a perder a los niños. Jueguen a los soldados, a las damas, al monopolio o a las cartas, no admiten otra posibilidad que la victoria. Cuando esta se revela imposible, tratan de rescatarla con alguna estratagema, abandonan el juego antes de que se defina o proponen otro en el que están seguros de ganar. Pero con el tiempo llegan a comprender que también existe la derrota. Entonces su visión de la vida se ensancha, pero en el sentido de la sombra y el desamparo, como para aquel que, habiendo siempre dormido de sol a sol, despertara una vez a mitad de su sueño y se diera cuenta de que también existe la noche.

104

A veces tengo la impresión de que mi gato quiere comunicarme un mensaje. La obstinación con que me observa, me sigue, se me acerca, se frota contra mí, me maúlla, va más allá que el simple testimonio de sumisión de un animal doméstico. Advierto en su mirada inteligencia, prisa, ansiedad. Pero nada podré recibir de él, aparte de estas señas enigmáticas. Entre él y yo no hay siglos, sino centenares de siglos de evolución y somos tan diferentes como una piedra de una manzana. Él, a pesar de vivir en nuestra época, sigue derivando en el mundo arcaico del instinto y nadie podrá comprenderlo sino los de su especie. Tendrán que transcurrir aún centenares de siglos para que la distancia que nos separa tal vez se acorte y pueda al fin entender lo que me dice, lo que seguramente no pase de un lugar común: hay una mosca, hace calor, acaríciame. Como cualquier ser humano, en suma.

105

Tomo conciencia ahora, solo en casa, de mis ideales de adolescente, cuando imaginaba en mi cuarto de Miraflores, al lado de la parra y los manzanos, cómo sería de agradable una vida de escritor. Entonces remedaba esa vida, me ponía en la boca una pipa sin tabaco, al alcance de la mano un vaso con agua que suponía ser vino y, sentado frente a mi escritorio, fingía escribir. ¡Cuánta ilusión e inocencia había en esos gestos! Ahora soy eso que imaginé, fumo, bebo y escribo de verdad y para ser sincero diré que eso puede entretenerme pero no me reconforta. Tal vez porque escribir significa desoír el canto de sirena de la vida, tal vez porque nada de lo que he hecho me satisface, tal vez porque a menudo tengo la impresión de que en algún momento erré el camino y ello me ha condenado para siempre a pasar *à côté de la question*.

106

El más insignificante de los hombres deja una reliquia —su pantalón, una medalla, su carta de identidad, un rizo guardado en una cajita— pero son pocos los que dejan una obra. Por ello las reliquias me deprimen y las obras me exaltan. Por ello también rara vez visito la «casa del artista», se trate de Balzac, Beethoven o Rubens, y prefiero la compañía de sus libros, melodías o pinturas. Las reliquias segregan un aroma de tristeza, de fugacidad y sobre todo de ausencia, pues son el signo visible de lo que ya no está. Su valor es condicional: se conservan porque pertenecieron a tal o cual, pues de otro modo hace tiempo que serían polvo, como sus dueños. Nada más angustioso por ello que ver el sillón de Voltaire, la tabaquera de Bach o el pincel de Leonardo. Cosas deshabitadas. El espíritu pasó por allí, pero solamente pasó, para instalarse en la obra.

107

Marcado al rojo vivo por un mal zodiacal, agobiado por cuentas vencidas e invencibles, privado de toda gracia creadora, sintiendo que de hora en hora caen sobre mí las paletadas de mi propio sepelio, enclaustrado por ello mismo en casa en esta tarde benemérita, me deleito sin embargo en mi encierro y tomo de aquí y de allá el zumo de las cosas, la frase de un libro, la línea de un grabado, la cadencia de una melodía, el aroma de una copa, la silueta de una idea que asoma, refulge y desaparece, diciéndome que no hay nada más duradero que el instante perfecto.

108

El gran mural fotográfico que adorna la sala del café Les Finances. Representaba en sus buenas épocas un bosque en pleno verdor. Con los años el color se ha amarillado. La primavera de las fotografías también tiene su otoño.

109

Café expreso en la placita central de Capri, hojeando el *Corriere della Sera* y observando el denso flujo de veraneantes. Hercúleos mozos que lucen sus muslos tostados y sus pectorales velludos; inefables niñas en *blue-jeans* ajustados, más bellas que cualquier mármol florentino; pero sobre todo viejos panzones en pantalón corto, calcetines y sandalias, viejas pintarrajeadas en bikini con várices, celulitis y horribles colgajos de carne en el vientre y decrépitos ancianos, extremadamente dignos y elegantes, con sombrero de paja y saco de lino, que derivan en la tarde soleada tanteando con su bastón su último verano.

110

La joven y bonita propietaria del estudio que tuve en la calle Saint-Séverin y que el día en que le devolví las llaves estalló al comprobar que había una mancha en el muro, una quemadura de cigarrillo en el borde de la mesa y tres o cuatro vasos de menos. Que me reclamara una compensación por estos minúsculos daños me pareció normal, pero lo que me llamó la atención fue el argumento que utilizó: «No olvide que mi marido y yo somos una pareja joven. *Nous commeçons*». Esta fórmula trunca, sin continuación ni complemento, fue más expresiva y convincente que cualquier discurso: «nosotros comenzamos». No hacía falta añadir más para conocer las entrañas del personaje. *Comenzar* significaba en este caso comenzar a poseer casas, a tener inquilinos, a cobrar, a sacar partido en cualquier forma del privilegio del propietario, a discutir confiadamente desde una posición de fuerza, a amenazar, a mostrarse implacable con el deudor, a no ceder un ápice de sus derechos, a no renunciar a ninguna forma de ganancia, a poner la piedra angular de un proyecto de vida que implicaba la acumulación de nuevos bienes, la multiplicación de la renta, la defensa de la propiedad, de la seguridad, del orden, para así, al cabo de veinte o treinta años, llegar a ser una vieja rica, odiosa y pertrechada, instalada confiadamente en el engaste de un patrimonio inmobiliario y bursátil, lo que no la libraría sin embargo ni de la pequeñez, ni del olvido, ni de la muerte.

111

Mientras me traslado de París a Bruselas en automóvil veo pasar en sentido contrario un enorme camión remolque que transporta cuatro caravanas. Poco más allá pasamos a otro camión remolque que lleva, esta vez hacia Bruselas, cuatro caravanas idénticas a las anteriores. De inmediato pienso: se hubiera economizado tiempo, dinero y esfuerzo si, en lugar de transportar las caravanas de una ciudad a otra, simplemente se hubieran *canjeado*. Esto me hace recordar mi vieja idea de un BANCO DE SERVICIOS. Muchas veces tenemos que trasladarnos de un extremo a otro de París o a otro país para cumplir una tarea simple o hacer una gestión anodina, al mismo tiempo que otra persona tiene que hacer el viaje inverso con un propósito análogo. Ver la forma de ponernos en contacto para intercambiar nuestras acciones. Yo hago esto por ti aquí y tú eso por mí allá. Esto requiere naturalmente, en muchos casos, cierto grado de *despersonalización*, que la costumbre admitirá, como por ejemplo que yo reemplace a tal señor en mi barrio en una cena y él a mí en una boda en su barrio. Así la gente se movería menos, lo que es una gran ventaja, pues, como decía Flaubert, «moverse es deletéreo».

112

En la cadena biológica, o más concretamente en el curso de la humanidad, somos un resplandor, ni siquiera eso, un sobresalto, menos aún, una piedra que se hunde en un pozo, todavía algo más insignificante, un reflejo, un soplo, una arenilla, nada que salga del número o la indiferencia. Desde esta perspectiva el individuo no cuenta, sino la especie, único agente activo de la historia. Esta deberá escribirse alguna vez sin citar un solo nombre, así sea de emperador, artista o inventor, pues cada uno de ellos es el producto de todos los que lo antecedieron y el germen de quienes los sucederán. La noción de individuo es una noción moderna, que pertenece a la cultura occidental y se exacerbó después del Renacimiento. Las grandes obras de la creación humana, sean libros sagrados, poemas épicos, catedrales o ciudades, son anónimas. Lo importante no es que Leonardo haya producido *La Gioconda* sino que la especie haya producido a Leonardo.

113

Hay tardes de primavera en París, como esta de hoy, soleada, dorada, que no se viven, sino que se desgajan y manducan como una mandarina. Y para ello nada mejor que una terraza de café, una bebida tonificante, una vacancia de la atención, un dejar que nuestra mirada en reposo reciba y archive las imágenes del mundo, sin preocuparse de encontrar en ellas orden ni sentido ni prioridad. Ser solamente el cristal a través del cual nos penetra intacta la vida.

114

El portero del edificio, ochenta años, veterano de dos guerras, muere de un infarto en su cama cuando hacía la siesta. En las horas siguientes pasan la policía, el médico, algunos vecinos, para los trámites y verificaciones del caso. Pero al anochecer, como no tiene parientes en París, se le deja en su *loge*, sin que nadie lo vele, acostado tal como se extinguió. Esa misma noche, muy tarde, llega de Lima un primo mío, viene a casa a buscarme y como no sabe en qué piso vivo, entra a la *loge* para interrogar al portero. No le responde. En fin, preguntando de puerta en puerta, llega a mi piso y me dice: «¡Qué trabajo encontrarte! Entré donde el portero y por más que le pregunté dónde vivías no me respondió». «Es natural», le digo, «si está muerto».

115

Mi gato negro y yo, en esta noche lluviosa de verano. La pieza silenciosa. Uno que otro carro se desliza por la calzada húmeda. El barrio duerme, pero mi gato y yo velamos, nos resistimos a dar por concluida la jornada, sin haber hecho nada, al menos yo, que la justifique, que la dote de significación y la diferencie de otras, igualmente parsimoniosas y vacías. Quizás por eso escribo páginas como esta, para dejar señales, pequeñas trazas de días que no merecerían figurar en la memoria de nadie. En cada una de las letras que escribo está enhebrado el tiempo, mi tiempo, la trama de mi vida, que otros descifrarán como el dibujo en la alfombra.

116

En algunos casos, como en el mío, el acto creativo está basado en la autodestrucción. Todos los demás valores —salud, familia, porvenir, etc.— quedan supeditados al acto de crear y pierden toda vigencia. Lo inaplazable, lo primordial, es la línea, la frase, el párrafo que uno escribe, que se convierte así en el depositario de nuestro ser, en la medida en que implica el sacrificio de nuestro ser. Admiro pues a los artistas que crean en el sentido de su vida y no contra su vida, los longevos, verdaderos y jubilosos, que se alimentan de su propia creación y no hacen de ella, como yo, lo que se resta a lo que nos estaba tolerado vivir.

117

La terrible soledad de la campiña. Ayer depresión, angustia en la casa solariega que me han prestado, a cien kilómetros al sur de París. Recluido voluntariamente en ella para tratar de terminar unos cuentos. Los ruidos inhumanos que habitan esos silencios: crujen las vigas, sopla el viento, crepita el carbón en la chimenea, grazna un pájaro nocturno. Esta mañana hice tres kilómetros a pie hasta el pueblo más cercano y no vi un hombre, un animal, un vehículo. Soplaba un viento helado sobre la tierra fría y los árboles ennegrecidos. La naturaleza es espontáneamente fea. La belleza se la hemos añadido nosotros, es una convención cuyo origen habría que buscar en los bucólicos griegos, en Virgilio, en los clásicos del «paisaje ameno», en los románticos ingleses, en fin, en la literatura.

118

Alguna divinidad, cuando nacemos, traza sobre nuestro nombre una cruz negra y entonces no habrá cuartel en nuestra vida, no encontraremos sino escollos, chanzas y celadas, y la más pequeña alegría tendremos que arrancarla a puro pulso, pujando, luchando contra la corriente, viendo en la ribera deslizarse a los afortunados, su carta triunfal en la mano, y sin permitirnos la menor distracción, pues sólo se espera eso de nosotros, que cedamos un instante al desánimo, para que el arma penetre hasta la empuñadura.

119

Momentos de absoluta soledad, en los cuales nos damos cuenta de que no somos más que un punto de vista, una mirada. Nuestro ser nos ha abandonado y en vano corremos tras él, tratando de retenerlo por el faldón de la levita.

120

Parado en el cerco de piedra que cae a pico sobre el vergel descuidado de los olivos contemplo la quebrada descendente, al fondo de la cual se divisa, plomizo y calmo, el mar Tirreno. Atardece. Mi oído ausculta la naturaleza y descubre que lo que yo tomaba al comienzo por silencio no es más que una trama extremadamente apretada de ruidos: grillos, cigarras, ranas, abejas, moscardones, pájaros, tan tupida que forma una melodía uniforme sin un solo intersticio donde pueda colocarse una pausa. En suma, la voz de la naturaleza que canta su canto inmemorial, el que escucharon hace veinte siglos Julio César, Horacio, Catón. ¿Qué me separa de ellos? En tanta soledad, aparentemente nada. Al hollar su espacio inmaculado, diríase que me he vuelto su contemporáneo. Pero siempre hay algo que nos reconduce a nuestro tiempo y nos recuerda que las eras no pasan en vano. Al levantar la cabeza distingo en la cumbre del monte Argentario, irritante por lo escarpado e imposible, los siete discos gigantes de una estación de radar.

121

Lo extraño, en nuestro cuerpo, es la sumisión a las reglas de la simetría. Tenemos dos ojos, dos orejas, dos orificios nasales, dos series de dientes numéricamente exactos, dos amígdalas, dos clavículas, dos bronquios, dos pulmones, dos omóplatos, dos tetillas, dos brazos, dos riñones, dos caderas, dos nalgas, dos piernas, dos testículos, dos manos, dos pies, dos juegos de costillas. ¿Quién habrá implantado este orden binario que parece calcado sobre un pensamiento previsor? ¿Qué relación hay además entre estos órganos o miembros repetidos y los únicos como la lengua, el esófago, el estómago, el corazón, el hígado, el falo, el ano? Somos una combinación de lo solitario y de lo doble, lo que parece indicar que quien nos inventó dudó y, al final, sin saber qué partido tomar, optó un poco al azar por el eclecticismo.

122

La sabiduría de ese viejo líder campesino cusqueño que, al ser interrogado por ávidos aventureros sobre dónde puede estar el Paititi o, en otras palabras, El Dorado, responde: «Sólo encontrarás el Paititi cuando logres arrancar de tus ojos el resplandor de la codicia».

123

El asombro, el sobresalto, incluso el malestar que me produjo comprobar hoy que el inquilino calvo, con anteojos y perrito con el que me he cruzado durante ocho años en las escaleras, diciendo siempre la misma e invariable frase, «*Pardon, monsieur*», no era uno, sino eran dos. Dos hombres exactamente iguales, con anteojos, calvos y perrito, pero con los que me he cruzado siempre a horas diferentes, de modo que los había fundido en un solo ser. Ya me había intrigado un poco la facultad que tenía este hombre de multiplicarse, pues a veces tenía la impresión de cruzarme con él demasiado seguido y a veces en lugares incongruentes. Pero hoy sucedió lo que debía haber sucedido hace años y encontré a ambos en la puerta del edificio, con sus perritos y sus anteojos, departiendo amigablemente, al igual que sus perros. Tan confundido quedé que no supe a cuál decirle mi «*Pardon, monsieur*», y los miré alternativamente, con la boca abierta, hasta que al fin ambos se anticiparon y pronunciaron al unísono el saludo habitual, acompañándolo de una sonrisa y una venia. Salí a la calle sin responderles, francamente indignado, como si hubiera sido víctima de una farsa.

124

Decir como los estoicos de la Antigüedad o los místicos orientales: «Nada tiene importancia», ni la vida ni la muerte, ni la riqueza ni la miseria, ni el placer ni el dolor, ni la gloria ni el fracaso. Decir como tantos intelectuales de hoy: «Todo tiene importancia», la paz y la guerra, la libertad y la opresión, el hombre y la naturaleza, los objetos y las ideas. Ambas actitudes me dejan perplejo. Todo tiene importancia, nada tiene importancia, aquí, ahora.

125

Los hospitales son los puestos fronterizos por donde se canaliza el tránsito entre la vida y la muerte. Por la gran puerta de la fachada entran y salen los vivos. Pero hay una puerta discreta, vergonzante, por donde se despide disimuladamente a los muertos. Médicos, cirujanos, anestesistas, son los administradores omnipotentes del Más Allá. Pero hay también funcionarios menores que deciden lo irreparable, tales las enfermeras que olvidan renovar una transfusión o que no acuden en el momento preciso en que el paciente necesitaba la pastilla o simplemente la palabra capaz de retenerle en su última caída. Y esos choferes de ambulancia, odiosos lacayos volantes de la salud, que salen disparados en sus ruidosos vehículos hacia el lugar de los accidentes. Tienen instrucciones muy precisas: conducir cada cual a su clínica u hospital a los buenos heridos, es decir, a los ricos. Para identificarlos disponen de una serie de normas, pero, a falta de indicios flagrantes, recurren a un expediente conocido: los zapatos. En los zapatos se revela sin equívoco la situación social de la víctima. A un herido que calza zapato viejo y sin marca conocida prefieren al que lleva Charles Jourdan. Esta es sólo una anécdota. Hay cosas peores: las instrucciones que tienen las enfermeras para que no se vea morir a un paciente. En las salas comunes colocan biombos a ambos lados del enfermo grave. Pero cuando se avecina el momento definitivo, lo ponen en una camilla rodante y comienzan a pasearlo por los corredores mientras agoniza y se debate. Cuando va a expirar, ¿qué hacen con él? Una enfermera me dijo: «Lo empujamos discretamente hasta las duchas».

126

Mi error ha consistido en haber querido observar la entraña de las cosas, olvidando el precepto de Joubert: «Cuídate de husmear bajo los cimientos». Como el niño con el juguete que rompe, no descubro bajo la forma admirable más que el vil mecanismo. Y al mismo tiempo que descompongo el objeto destruyo la ilusión.

127

De la imposibilidad de curar los vicios. Un vicio se contrae a perpetuidad. La esencia del vicio es ser incorregible. Explicación psicoanalítica del vicio: alguna frustración, amorosa, social, sexual, intelectual. La terapéutica consistirá, no en atacar el vicio, sino en impedir la frustración. Ver las fotografías publicitarias de los hombres que se han *quitado* la morfina, el alcohol, etc.: tienen una cara de perfectos cretinos.

128

Hace una semana una anciana del último piso, días atrás el portero del edificio, ayer el vecino de los altos: regularmente esta casa va evacuando a sus muertos. Ellos veían por su ventana la plaza que yo veo, empujaban con su mano el portón que yo empujo, subían con sus pies la escalera que yo subo, saludaban con su «*Bonjour*» a los inquilinos que yo saludo. Ahora ni ven, ni empujan, ni suben, ni saludan. Y no ha pasado nada.

129

Hay veces en que el itinerario que habitualmente seguimos, sin mayor contratiempo, se puebla de toda clase de obstáculos: un enorme camión nos impide cruzar la pista, un taxi está a punto de atropellarnos, un viejo gordo con bastón y bolsa obstruye toda la vereda, una zanja que el día anterior no estaba allí nos obliga a dar un rodeo, un perro sale de un portal y nos ladra, no encontramos sino luces rojas en los cruceros, empieza a llover y no hemos traído paraguas, recordamos haber olvidado en casa la billetera, algún imbécil que no queremos saludar nos aborda, en fin, todos aquellos pequeños accidentes que en el curso de un mes se dan aisladamente, se concentran en un solo viaje, por un desfallecimiento en el mecanismo de las probabilidades, como cuando la ruleta arroja veinte veces seguidas el color negro. Extrapolando esta observación de una jornada a la escala de una vida, es esa falla lo que diferencia la felicidad de la infelicidad. A unos les toca un mal día como a otros una mala vida.

130

La especie humana tiene sus certezas, se diría extraindividuales, pues las repiten, casi con las mismas palabras, autores a los que separan no sólo siglos, sino milenios. Séneca, Manrique, Montaigne, Quevedo, Heidegger, para citar sólo algunos, insisten en recordarnos una verdad esencial que a menudo olvidamos: la presencia de la muerte en nuestra vida. Citaré sólo a Montaigne, pues resume el sentir de todos en la forma más clásica y al mismo tiempo más moderna: «El primer día de nuestro nacimiento nos encaminamos a la muerte… Lo que vivimos lo sustraemos a nuestra vida, lo hacemos a sus expensas… La obra continua de nuestra vida es edificar nuestra muerte… Estamos en nuestra muerte mientras estamos en vida». Y un párrafo que transcribo íntegro, pues al mismo tiempo que instruye consuela: «Nadie muere antes de su hora. El tiempo que dejamos (al morir) es tan poco nuestro como el que transcurrió antes de nuestro nacimiento».

131

La crítica no se opone necesariamente a la creación y son conocidos los casos de creadores que fueron excelentes críticos y viceversa. Pero *generalmente* ambas actividades no se dan juntas, pues lo que las separa es una manera diferente de operar sobre la realidad. Ahora que he leído las actas de un coloquio sobre Flaubert he quedado asombrado por el saber, la inteligencia, la penetración, la sutileza y hasta la elegancia de los ponentes, pero al mismo tiempo me decía: «A estos hombres que han desmontado tan lúcidamente la obra de Flaubert nadie los leerá dentro de cinco o diez años. Un solo párrafo de Flaubert, qué digo yo, una sola de sus metáforas, tiene más carga de duración que estos laboriosos trabajos». ¿Por qué? Sólo puedo aventurar una explicación: los críticos trabajan con conceptos, mientras que los creadores con formas. Los conceptos pasan, las formas permanecen.

132

Emerjo de mis lecturas sobre el jansenismo para hojear los diarios del día y me pregunto qué relación puede haber entre esas querellas teológicas que duraron siglos, imbricándose cada vez más con problemas políticos y económicos y lo que pasa en el mundo actual: Portugal, Angola, Líbano, Argentina, etc. Y me digo que hay un lazo secreto entre las luchas antiguas y las presentes, que estas no son sino la continuación de las pretéritas, bajo diferentes nombres, ideales y pretextos. A priori podrá decirse que los problemas de la gracia, del libre arbitrio, de la predestinación no tienen ahora ninguna vigencia. Pero ¿la tendrán dentro de algunos siglos conceptos como libre empresa, lucha de clases, sistema parlamentario, medios de producción, elecciones democráticas? Probablemente sí, pero dentro de un contexto tan diferente que habrá que ser adivino para darse cuenta de que el combate sigue siendo el mismo.

133

Espectáculo: por la larga calle desierta, en el mediodía canicular, cuando todos los negocios están cerrados, pasa un hombre distinguido, corpulento, calvo, con saco y corbata, corriendo a una velocidad vertiginosa para su masa, resollando, bañado en sudor y llevando un maletín en la mano. Los escasos transeúntes se detuvieron para mirarlo, pues se trataba de una carrera desesperada y, lo que es peor, sin destino ni objeto visibles. Por allí no había estaciones de taxis, autobús o metro, ni nadie lo perseguía ni andaba tampoco tras alguien. ¿Era un loco?, ¿un fanático de la velocidad?, ¿estaba cumpliendo una apuesta?, ¿se había impuesto una penitencia?, ¿huía de algún demonio interior?, ¿lo aguijoneaba alguna urgente necesidad corporal?, ¿esperaba llegar a tiempo a una cita amorosa que iba a decidir su vida?, ¿era solamente un farsante que quería dejar perplejos a sus eventuales testigos? Como dice Brecht en un poema famoso, «tantas preguntas, tantas respuestas».

134

Nada me incomoda más que el ser tomado alguna vez como modelo de estoicismo. O como modelo de cualquier cosa. Detesto los consejos y los paradigmas. Con respecto a los estoicos, admito que leo con placer a Marco Aurelio y sobre todo a Epicteto y reconozco en ellos actitudes o axiomas que me encantaría haber inventado. Pero los siento ajenos a mí en muchos aspectos. La religiosidad del primero me fastidia, así como el conformismo del segundo. Y en ambos la carencia de sensualidad. En mí hay un rasgo de primitivismo o de desmesura que me conduce a menudo al exceso y que una salud deficiente, más que una determinación de mi inteligencia, me ha forzado a ir sofocando. Soy un hedonista frustrado.

135

Los conquistadores de América encontraron lo que buscaban: oro en cantidades nunca vistas, tierras feraces y extensísimas, siervos que trabajaron para ellos durante siglos. Encontraron también muchas cosas que no buscaban y que modificaron el régimen alimenticio de la humanidad: la papa, el maíz, el tomate. Pero de contrabando, los vencidos les pasaron otro producto que fue su venganza: el tabaco. Y los fueron envenenando para el resto de su historia.

136

Cuando alguien se entera de que he vivido en París casi veinte años, me dice siempre que me debe gustar mucho esta ciudad. Y nunca sé qué responderle. No sé en realidad si me gusta París, como no sé si me gusta Lima. Lo único que sé es que tanto París como Lima están para mí más allá del *gusto*. No puedo juzgar a estas ciudades por sus monumentos, su clima, su gente, su ambiente, como sí puedo hacerlo con ciudades por las que he estado de paso y decir, por ejemplo, que Toledo me gustó pero que Francfort no. Es que tanto París como Lima no son para mí objetos de contemplación, sino conquistas de mi experiencia. Están dentro de mí, como mis pulmones o mi páncreas, sobre los que no tengo la menor apreciación estética. Sólo puedo decir que me pertenecen.

137

La literatura es, además de otras cosas, un modelo de conducta. Sus principios pueden extrapolarse a todas las actividades de la vida. Ahora, por ejemplo, para poder subir los mil peldaños de la playa de Los Farallones tuve que poner una aplicación literaria. Cuando distinguí en lo alto el inaccesible *belvedere*, me sentí tan agobiado que me era imposible dar un paso. Entonces bajé la mirada y fui construyendo mi camino grada a grada, como construyo mis frases, palabra sobre palabra.

138

Durante diez años, mientras trabajé en la Agencia, fui casi todos los días a los jardines del Palais Royal, a caminar por sus arcadas unos minutos, antes o después del almuerzo y, cuando no tenía dinero, en vez del almuerzo. ¿Y qué queda en mí de estos paseos, santo cielo, qué queda en mí? ¿Para qué me sirvió esa inversión de cientos y cientos de horas de mi vida? Para nada, aparte de dejar en mi memoria algo así como el dibujo necio en su precisión de una tarjeta postal. Nosotros tenemos una concepción finalista de nuestra vida y creemos que todos nuestros actos, sobre todo los que se repiten, tienen una significación escondida y deben dar algún fruto. Pero no es así. La mayor parte de nuestros actos son inútiles, estériles. Nuestra vida está tejida con esa trama gris y sin relieve y sólo aquí y allá surge de pronto una flor, una figura. Quizás nuestros únicos actos valiosos y fecundos han sido las palabras tiernas que alguna vez pronunciamos, algún gesto de arrojo que tuvimos, una caricia distraída, las horas empleadas en leer o escribir un libro. Y nada más.

139

Veo pasar por la Place Falguière a un muchacho barbudo que lleva a una adolescente en una moto y me digo: ¡esta es una de las cosas que ya nunca podré hacer! Pero hay otras también que serán mis sueños incumplidos: recorrer parte de Francia, Italia y España a pie, conocer el Cusco, hacer nuevamente el viaje a caballo entre Santiago de Chuco y la hacienda Tulpo, vivir un tiempo en metrópolis como Nueva York o Moscú, aprender a tocar el piano, navegar en velero hacia una isla o playa desierta, tener otro hijo, terminar mi vida en un viejo rancho del malecón miraflorino. ¡Y me hubiera bastado tan poco para que esto fuera posible! Por ejemplo, que mi plegaria de esta tarde se cumpliera, cuando vi pasar a un fornido obrero por la plaza y rogué: su estómago por cuarenta años de lecturas.

140

Nuestra vida depende a veces de detalles insignificantes. Por un desperfecto momentáneo del teléfono no recibimos la llamada que esperábamos, al no recibirla perdemos para siempre el contacto con una persona que nos interesaba, al perderlo nos privamos de una relación capaz de transformarnos, al privarnos de ella desaparece una fuente de gozo, de innovación y de enriquecimiento, al desaparecer clausuramos la única alternativa verdaderamente fecunda que nos ofrecía el mundo, al clausurarse volvemos al punto de partida: la de quien espera la llamada que nunca vendrá.

141

La vida se nos da y se nos quita, pero hay momentos en que la merecemos, quiero decir que depende de nosotros que continúe o que cese. Y esto lo digo al recordar aquella noche atroz en el hospital, en la cual lloraba desamparado sintiéndome perdido y sin ningún socorro posible, pues hacía días que no dormía, mi cuerpo se evaporaba en la transpiración, tubos y sondas me salían de la nariz, la boca, el recto, la uretra, la vena, el tórax. Deseaba que me borraran todo y antes que nada mi propio sufrimiento. Una enfermera vino a protestar por mis gritos y destempladamente me hizo callar. Como los enfermos se vuelven niños, la obedecí y quedé flotando en el silencio nocturno. De pronto vi por la ventana que comenzaba a amanecer y escuché muy tenuemente el canto de los pájaros. Se acercaba la primavera. Sabía que en el hospital había un claustro arbolado e imaginé que las primeras hojas estaban por brotar. Y fue una hoja la que me retuvo. Quería verla. No podía morirme sin abandonar ese cuarto y retornar aunque fuera de paso a la naturaleza. Ver esa hoja verde recortada contra el cielo. ¿Por qué absurdo raciocinio pensaba que mi vida dependía de ver esa hoja verde? Y me esforcé, resistí, luché porque llegara el día y me permitieran contemplar por la ventana el patio. El médico lo autorizó al cabo de unos días. Me bajaron en camilla por el ascensor. Y al llegar al claustro vi los árboles implacablemente pelados, pero en la rama de uno de ellos había brotado una hoja. Pequeñísima, traslúcida, recortada contra el cielo, milagrosa hoja verde.

142

La ostentación literaria de muchos escritores latinoamericanos. Su complejo de proceder de zonas periféricas, subdesarrolladas, y su temor a que los tomen por incultos. La voluntad demostrativa de sus obras, huachafísimas. Probar que también pueden englobar toda la cultura —¿qué cultura? ¡Como si sólo existiera una cultura! — y expresarla en una hoja enciclopédica que resuma veinte siglos de historia. Aspecto *nuevo rico* de sus obras: palacetes heteróclitos, monstruosos, recargados, como el atuendo que el inmigrante africano o el arrabalero parisién lucen los domingos para pasearse por los grandes bulevares. Su propio brillo los desluce.

143

De pronto el cielo de París se cubre, la tarde se oscurece y en el interior de la casa se instala ese espesor de penumbra que sólo he visto en las viejas haciendas de la sierra anegadas por la lluvia. ¡Qué invencible nostalgia al recordar entonces Tulpo, El Tambo, Conocancha, las casonas andinas donde anduve de niño y adolescente! Abrir la puerta al descampado era penetrar al corazón del país y al corazón de la aventura, sin que nada me separara de la realidad, ni la memoria, ni las ideas, ni los libros. Todo era natural, directo, nuevo e inmediato. Ahora, en cambio, no hay puerta que abra que no me aleje de algo y no me hunda más profundamente en mí mismo.

144

Nunca podremos saber cómo veíamos la ciudad soñada a la cual alguna vez llegamos. ¿Cómo era el París que yo imaginaba de adolescente? De él existió seguramente alguna plancha, pero mi experiencia de la ciudad la veló por completo. Ahora mismo no puedo representarme cómo veía hace un mes la playa de Carboneras (y estoy convencido de que la *veía* en los días que precedieron a mi viaje), pues luego la conocí y traje de ella una memoria de lo vivido que recubrió la memoria de lo imaginado. Hablo de ciudades, pero ello puede aplicarse a personas, obras de arte, objetos. Antes de conocer a Samuel Beckett, de ver un cuadro de Bacon o de comer un camembert, yo tenía una imagen aproximativa o errada de lo que eran. ¿Dónde está esa imagen? Es inútil que indague, no queda nada. Construcciones de nuestra imaginación, existen sólo provisionalmente porque son falsas y se retiran para siempre cuando aparece el verdadero modelo.

145

El amor, para existir, no requiere necesariamente del consentimiento, ni siquiera del conocimiento del ser amado. Podemos querer a una persona que nos desprecia o incluso que nos ignora. La amistad, en cambio, exige la reciprocidad, no se puede ser amigo de quien no es nuestro amigo. Amistad sentimiento solidario, amor solitario. Superioridad de la amistad.

146

En una tribu amazónica que describe Lévi-Strauss el jefe tiene una serie de obligaciones agobiantes que, aparentemente, están en contradicción con su jerarquía: participa en los trabajos comunitarios como cualquier sujeto, en caso de guerra tiene que estar en primera línea exponiendo su vida, le corresponde distribuir sus bienes anualmente entre sus súbditos. Pero, como compensación a todas estas cargas, goza de un solo privilegio: es el único, en esta tribu monógama, que tiene derecho a poseer varias mujeres. En eso reside su majestad. Poder = sexo.

147

Hay mañanas en que me levanto, miro por la ventana, veo la cara del día y me niego terminantemente a recibirlo. Hay algo en él de turbio, de solapado, de mezquino, de hipócrita que me impide darle cabida. Son los días acreedores, los que llegan para llevarse algo y no para dejarnos algo. Les tiro entonces las puertas en las narices, como a cualquier vendedor de pacotilla o como a esos viejos conocidos que nos caen de improviso para que les firmemos un manifiesto o para reavivar una amistad ya extinguida. Días sellados, muertos, transcurren fuera de nuestra vida y nos confinan a la cavilación y al silencio. Pero a ellos les debemos quizás lo mejor de nosotros.

148

Mi capital de vida está ya gastado y estoy viviendo sólo al crédito. Crédito que me da el destino por distracción, por piedad, por curiosidad. Pero en cualquier momento, cuando vaya a retirar mi jornal o mejor dicho mi jornada, encontraré la caja cerrada y en el muro el anuncio de cualquier vulgar tienda de comestibles: «*La maison ne fait plus de crédit*». Entonces, chao, vida mía.

149

Imaginar un libro que sea desde la primera hasta la última página un manual de sabiduría, una fuente de regocijo, una caja de sorpresas, un modelo de elegancia, un tesoro de experiencias, una guía de conducta, un regalo para los estetas, un enigma para los críticos, un consuelo para los desdichados y un arma para los impacientes. ¿Por qué no escribirlo? Sí, pero ¿cómo? y ¿para qué?

150

Me despierto a veces minado por la duda y me digo que todo lo que he escrito es falso. La vida es hermosa, el amor un manantial de gozo, las palabras tan ciertas como las cosas, nuestro pensamiento diáfano, el mundo inteligible, lo que hagamos útil, la gran aventura del ser. Nada en consecuencia será desperdicio: el fusilado no murió en vano, valía la pena que el tenor cantara ese bolero, el crepúsculo fugaz enriqueció a un contemplativo, no perdió su tiempo el adolescente que escribió un soneto, no importa que el pintor no vendiera su cuadro, loado sea el curso que dictó el profesor de provincia, los manifestantes a quienes dispersó la policía transformaron el mundo, el guiso que me comí en el restaurante del pueblo es tan memorable como el teorema de Pitágoras, la catedral de Chartres no podrá ser destruida ni por su destrucción. Cada persona, cada hecho es el nudo necesario al esplendor de la tapicería. Todo se inscribe en el haber del libro de cuentas de la vida.

151

Bebiendo vino en este soleado pero fresco atardecer estival. Sin ganas ni contento, sólo para neutralizar una nueva onda de melancolía vesperal. Traté de limpiar la alfombra del dormitorio, pero a los diez minutos tiré el arpa, mejor dicho, la escobilla, la lengua afuera y el ánimo por los suelos. Puse mis discos de música barroca, pero ni Teleman, Purcell, Tartini, Marcello, Couperin, me devolvieron el soplo vital. Reproduje una partida de ajedrez Kárpov-Kortchnoi, descubriendo imperdonables errores en este último, que naturalmente perdió. Empecé a leer un artículo sobre informática, pero me di cuenta de que no entendía nada y maldije a su autor en lugar de reconocer mi ignorancia. Di un salto a la cocina para ver qué había que hacer por allí y froté con una esponja, desesperadamente, un pedazo de muro sucio, sin resultados apreciables. Tiré la esponja, esta vez sí literalmente. Le di una patada a mi gato y luego su comida, como justa compensación. Releí una carta y me apresté a contestarla, a lo que renuncié, pues no me sentía en forma epistolar. Miré por el balcón y vi en la Place Falguière al eminente orientalista doctor Fernando Tola, pero evidentemente se trataba de cualquier huevón francés con anteojos y aire intelectual. Finalmente descorché un burdeos y gusté una copa que me supo bien. Me paseé fumando por mi bufete, sin saber qué hacer, me serví otra copa y recalé en mi escritorio para escribir esta página.

152

Intento de leer novelas, completamente distintas, desde la de un autor francés muy renombrado, Michel Tournier, hasta autores de América Latina desconocidos, como mi viejo amigo R. R. Laborioso empeño por avanzar e interesarme por lo que dicen. ¿A qué se debe?, me pregunto. Quizás a que ambos son escritores meritorios, pero no grandes escritores. En Tournier (*Le roi des aulnes*) hay algo que me irrita. Es un hombre lleno de ideas, demasiadas ideas. Filósofo convertido en novelista y ya sabemos lo que esto da generalmente. R. R. (*El Bonche*) en cambio, aventurero metido a literato, nos arroja su escrito a la cara como un pedazo de bistec crudo. Ambos encarnan defectos que aquejan a los narradores contemporáneos. Defectos diferentes: el hombre llegado a la novela desde la universidad y el que llega a ella desde la vida. El primero me molesta por su excesivo afán de mostrarse inteligente, el segundo por disimularlo y aparecer como el hombre vital que se caga en la tapa del órgano. Pero la novela es otra cosa y ambos, sumando sus cualidades, hubieran dado seguramente un novelista ideal. Defecto común: creer que se puede llegar a la novela burlándose de la novela, el primero valiéndose de su *savoir faire* y su propósito metafísico, el segundo de su desdén por la literatura. Cuando en realidad sólo se puede ser gran novelista cuando no se quiere escribir otra cosa que una novela, con todos los riesgos que esto implica, cuando se la respeta y se admite por anticipado la posibilidad del fracaso, sin excusa ni defensa posible, pues de lo contrario la novela termina burlándose de nosotros.

153

El filósofo chino Che King, del siglo XVI antes de nuestra era, dice en su *Libro de Poesía*: «Una mancha sobre el jade blanco puede borrarse, pero una falta de lenguaje no se corrige nunca». El poeta Horacio, del siglo I antes de Cristo, dice en su *Arte Poética*: «La palabra, una vez suelta, jamás se recupera». Ambas frases nos sorprenden por el carácter irremediable que se atribuye a la ligereza o descuido en la expresión. El filósofo chino, con el respeto que tenían los letrados orientales por la corrección gramatical, pone el acento sobre la observancia de las reglas del idioma y considera como irredimible toda transgresión de las mismas. El poeta latino se refiere más bien al lenguaje oral y, más que al cuidado por la forma, a las repercusiones del contenido. Es por ello que habla de «la palabra suelta», la voz lanzada al viento, imposible de recobrar una vez pronunciada. Ambas sentencias son una lección que invita a reflexionar antes de escribir o hablar, lección por desgracia poco seguida.

154

Se tiende a pensar que el dinero no nos puede dar la felicidad, lo cual es cierto y es falso. Cierto, en la medida en que la felicidad absoluta no existe y nada en consecuencia, ni el dinero, podrá proporcionárnosla. Falso, pues el dinero nos soluciona todos esos innumerables problemas y contratiempos cotidianos y materiales que embargan a la humanidad —lo cual ya es bastante—, nos permite realizar ciertos sueños, satisfacer ciertos caprichos y reducir realmente al mínimo lo que es realmente irrealizable. Si no nos hace totalmente felices, nos da al menos la posibilidad de pretenderlo y en gran parte lo consigue. Es por eso un error —y los ricos deben saberlo y fomentarlo— desdeñar el dinero. Paul Getty, que fue en un tiempo el hombre más rico del mundo, decía que había tres cosas que el dinero no podía conseguir: la salud, la cultura, el amor. Respuesta curiosa y que, examinada bien, resulta justa. La salud, puesto que, si uno está gravemente enfermo, no hay hospital, médico, tratamiento ni droga que lo cure; la cultura, pues esta no se compra, sino que se adquiere a través del esfuerzo personal, y el propio Getty lo sabía, pues, a pesar de estar rodeado de cuadros y objetos de arte preciosos, no era un hombre culto; el amor, lo cual necesita comentario, pues el dinero puede adjudicarnos de por vida el cuerpo de una o cien mujeres, pero no su afecto ni su pasión. Pero, a pesar de ello, el dinero suaviza, disimula o compensa estas faltas: si no nos devuelve la salud, nos permite hacer menos dolorosa nuestra enfermedad; si no nos da la cultura, nos permite rodearnos de todos los signos exteriores de la cultura; si no nos da el amor, nos proporciona el placer de los sentidos y la simulación del afecto amoroso.

155

La biblioteca personal es un anacronismo. Ocupa demasiado lugar en casas cada vez más chicas, es oneroso formarlas, nunca realmente se las aprovecha en proporción a su costo o volumen. Un libro leído, además, ¿no está ya en nuestro espíritu, sin ocupar espacio? ¿Para qué conservarlo, entonces? ¿Y no abundan ahora acaso las bibliotecas públicas, en las que podemos encontrar no sólo lo que queremos, sino más de lo que queremos? La biblioteca personal responde a circunstancias de tiempos idos: cuando se habitaba el castillo o la casa solariega, en los que por estar aislado del mundo era necesario tener el mundo a la mano, encuadernado; cuando los libros eran raros y a menudo únicos y era imperioso poseer el codiciado incunable; cuando las ciencias y las artes evolucionaban con menos prontitud y lo que contenían los libros podía conservarse vigente durante varias generaciones; cuando la familia era más estable y sedentaria y una biblioteca podía transmitirse en la misma morada y habitación y armarios sin peligro de dispersión. Estas circunstancias ya no se dan. Y sin embargo hay locos que quisieran tener todos los libros del mundo. Porque son demasiado perezosos para ir a las bibliotecas públicas; porque se cree que basta mirar el lomo de una colección para pensar que ya se la ha leído; porque uno tiene vocación de sepulturero y le gusta estar rodeado de muertos; porque nos atrae el objeto en sí, al margen de su contenido, olerlo, acariciarlo. Porque uno cree, contra toda evidencia, que el libro es una garantía de inmortalidad y formar una biblioteca es como edificar un panteón en el cual le gustaría tener reservado su nicho.

156

Leyendo un relato de Lezama Lima percibo uno de los rasgos del barroco: el predominio de la forma sobre la función. Para Lezama el relato es un pretexto para desplegar figuras ornamentales, muchas de una gran belleza y necesidad, otras menos logradas o superfluas. Secundario para él la estructura, la economía, la tensión, la progresión del relato. Sólo espacio destinado a la decoración verbal.

157

Primero de mayo gris, mustio. Ciudad muerta. Cuadras de cuadras para encontrar una tienda abierta donde comprar una docena de huevos. Algunos vecinos vuelven con su *baguette* de pan, encontrada no se sabe dónde. En la Place Falguière veo un caracol que atraviesa la pista penosamente. Está en plena mitad y aún no lo ha pisado un auto. El tráfico es casi nulo, pero de cuando en cuando un vehículo pasa. ¿Lo sabrá el caracol? El caracol no sabe ni siquiera que es primero de mayo. Por eso, no con la mano, pues lo viscoso me repugna, lo llevo con mi pañuelo hasta la vereda. Seguramente allí no lo aplastará un carro, pero sí un proletario. De todos modos sus minutos están contados. ¿Adónde querría ir, el pobre? ¿Quién lo esperaba? ¿Qué tramaba en su pequeño magín? Desamparado animalito, como tú, como yo, como cualquiera.

158

Nada me intriga más que esas minúsculas oficinas que encuentro a menudo en mis paseos por callejas poco transitadas de París y que llevan por todo signo distintivo este rótulo: «*Bureau de Recherches*». De *recherches*, sí, pero ¿de qué *recherches*? Imposible saberlo si nos atenemos a lo que se alcanza a ver por la ventana o puerta vidriada: estanterías con clasificadores y legajos, un par de viejas sillas, una mesita baja con ceniceros y revistas y un escritorio tras el cual está generalmente sentado un vejete, sumido en una especie de meditación inmemorial que casi lo ha petrificado. Para disipar el enigma, lo cuerdo sería entrar, pero ¿para proponer qué? Yo vacilaría entre pedir que me encuentren un alojamiento, me aconsejen en qué invertir un pequeño peculio, me consigan un libro raro, me localicen a un pariente perdido, me diseñen el plano de una casa o me hagan un estudio de mercado para lanzar un producto. Quizás ese hombre es capaz de hacer todo eso, más que eso o nada de eso. Pero lo más probable es que ha llegado a tal grado, óptimo, de inactividad que la aparición de un cliente sería una emoción demasiado fuerte para poder soportarla.

159

Debo reprimir en mí una tendencia cada vez más acentuada hacia la caridad que me conduce a una santidad secreta y sin esplendor. Santidad sospechosa, además, pues, como dice Melville, no hago sino «reservarle golosinas a mi conciencia». Ahora, por ejemplo, dedicarle a la portera cinco minutos de conversación, cuando en casa me aguardaba trabajo y preocupaciones. Simplemente porque me dio pena verla sola en su *loge* y pensé que lo único que esperaba, lo que podía iluminar su día declinante, minado por tantos trajines, era las palabras de un inquilino. Y las palabras que ella aguardaba: el mal tiempo, la carestía de todo, etc. Tomó la conversación con entusiasmo, sus ojitos brillaron, se desarrugó, algo extinguido en ella empezó a flamear y no dudo de que al acostarse encontrará esta noche menos sucios los muros de su cuarto y menos fría su cama de horrible vieja viuda.

160

El amante no es más que un fantoche, un intruso que supone haber conquistado un castillo cuando lo único que ha hecho es escalar un muro del cual, tarde o temprano, se cae para romperse la crisma. El marido no toma a pecho estas incursiones, antes bien las tolera y hasta las aprueba. No sólo por una razón de equidad y reciprocidad —puesto que él es también amante en relación a otros maridos—, sino porque estos deslices son necesarios a la estabilidad de la institución matrimonial. Los amantes permiten evacuar tensiones y problemas que amenazan la vida conyugal y actúan como cándidos agentes de la moral burguesa, pues consolidan la existencia de hogares que, sin ellos, naufragarían. Aparte de que el marido siempre descubre las ridículas cartas, poemas o promesas del amante, lo que le proporciona momentos de impagable placer, fortalece su autoridad marital y confirma toda la tristeza y la desolación del amante, que, en esta historia, es finalmente el verdadero cornudo.

161

Costumbre de tirar mis colillas por el balcón, en plena Place Falguière, cuando estoy apoyado en la baranda y no hay nadie en la vereda. Por eso me irrita ver a alguien parado allí cuando voy a cumplir este gesto. «¿Qué diablos hace ese tipo metido en mi cenicero?», me pregunto.

162

El hombre que mientras cae al abismo tiene ánimo para admirar la rosa que florece entre las rocas. El hombre que mientras asciende al Olimpo suelta una lágrima por el cernícalo tuerto que cruza en su vuelo. Imágenes edificantes. Me cargan las imágenes edificantes.

163

Por ello mismo, porque sabemos que la vida es fea, dura, cruel, pasajera, debemos tratar de preservar y glorificar esos momentos de gozo o de contento que se nos dan sin que los pidamos, confundidos generalmente con todo el desmonte de nuestro pan cotidiano. Esta tarde otoñal, por ejemplo, áurea, flamboyante, culminación de una espléndida mañana tibia, inesperada, soleada, que nos consuela de un mal verano, si bien presagia un durísimo invierno. Esta tarde postrera pude cogerla al vuelo y embarcarme en ella en plácidas tareas, salir, caminar, mirar, regresar, leer, escribir. Y al anochecer hacerme reemplazar por mi hijo en un compromiso al que no me apetecía asistir. Verlo ponerse su traje de terciopelo azul, anudarse su corbata, peinarse y salir del brazo de su madre, a la cual lleva ya media cabeza. Desde el balcón me decía: «Ya para qué, ¿qué demonios hago aquí, envejecido y enfermo, aburrido y cansado, si mi copia sale al mundo, limpio su cuerpo y sano de espíritu y se aventura tan jubilosamente en lo desconocido?».

164

La parejita modesta que hace cola ante la ventanilla de cobranzas para arreglar la cuenta del teléfono que les han cortado por falta de pago. Humillada por encontrarse en esa situación, pero dispuesta a salvar su dignidad a costa de cualquier alarde. Al llegar ante el empleado para entregar su cheque, dicen: «Usted comprenderá, de estas pequeñas cuentas uno se olvida. Cuando tenemos que hacer pagos más importantes, las letras de la casa de campo, del automóvil. ¡No puede uno estar pensando en todo! Cualquiera se distrae». El empleado asiente con la cabeza benévolamente. Quizás ha escuchado ese discurso miles de veces, el discurso del pobre no resignado.

165

Visión de una llama en la Rue de Sèvres, de una llama cautiva, explotada por unos saltimbanquis. Hasta ahora había visto osos, cabras y monos en estos espectáculos callejeros, pero nunca una llama. Prefiguración de lo que nos espera: nuestra cultura, nuestros símbolos o, si se quiere, los símbolos de nuestra cultura, convertidos en objetos circenses, en baratijas de plaza pública. La llamita blanca, de ojos celestísimos, llevaba un collar con horribles flores de plástico y miraba asustada el tráfico, preguntándose qué diablos hacía allí, tan lejos de sus planicies andinas. ¡Pobre animalito peruano! En tu pampa tampoco la vida es fácil, llevas pesadas cargas, trepas empinadas cuestas. Pero no eres un extranjero.

166

El curita profesor de colegio andino que encontré en la Feria de Huanta. No sé cómo terminamos almorzando y tomando cerveza juntos en una tienda campestre. «Julio Ramón Ribeyro», decía mirándome arrobado, «¡quién lo iba a pensar!». Estas y otras frases del mismo género («Me parece mentira, ¡Julio Ramón Ribeyro!») puntuaron nuestro encuentro. Cuando nos despedíamos, al estrecharme la mano calurosamente, añadió: «¡Y decir que he almorzado con el autor de *La ciudad y los perros*!». Quedé lelo. Todo había sido el producto de un equívoco. No lo desengañé, ¿para qué? Que me atribuyera además la célebre novela de Vargas Llosa me pareció lisonjero. Que más tarde descubriera su error y me tomara por un impostor poco me importa.

167

Esas viejas casas de París, en barrios descuidados y olvidados, sus altas fachadas grises, sus portones sucios, sus muros descascarados, sus escaleras sombrías. Uno imagina que no pueden cobijar más que la soledad, la vergüenza, la desesperación y la muerte. Y de pronto se abren de par en par los postigos de una ventana y asoma sonriente, abrazada, una pareja de jóvenes amantes.

168

Entre ellas se llaman las *pavitas*, son lindas, tienen dieciocho años, viven en el mismo barrio, encarnan toda la alegría y la juventud del mundo. La *pava* central, la más entusiasta y bonita, es Roxana, morena, sólida de piernas y caderas, largo pelo lacio y chivillo, ojos vivísimos. La siguen Mariella, esbelta, lánguida y castaña; Fiorella, la única rubia, de almendrados ojos verdes; y Carmen, pequeña pero loquísima, que se ufana de no tener un nombre italiano en una época en que estos nombres están de moda.

Todas hablan inglés, adoran la música pop, usan *blue-jeans*, se saben guapas, hacen sufrir a sus enamorados, miran la vida como una apetecible manzana que sólo espera ser devorada de un mordiscón.

Se reúnen en casa de Roxana hablando como cotorras, deliciosamente cursis o profundas, hablando de la inmortalidad del alma o de la mejor marca de pañitos higiénicos o se quedan silenciosas, tendidas en la alfombra, escuchando un disco de Santana, pasándose a veces de labio en labio un pitillo de marihuana. Ninguna de ellas trabaja, o lo hace por temporadas. Un papá sacrificado, cincuentón, al que se le cae la baba por ellas se rompe el alma de la mañana a la noche para que nada les falte, ni el chalet en Miraflores, ni el auto que las lleve de compras o a las playas, ni siquiera el pretendiente que las llevará al altar sin que pierdan su *standing*, papás jamás comprendidos, pobres papás solitarios, que nada reciben de ellas, apenas un beso o una caricia efímera y que están condenados a reventar de un infarto o morir de un cáncer el día menos pensado, sin quejarse además, sólo para que puedan existir las *pavitas*.

169

Escribí dos cartas, salí a comprar algo para la comida, puse una cantata de Bach en el tocadiscos, tomé un vaso de vino, encendí un cigarrillo, me asomé al balcón para ver el atardecer y de pronto sentí caer sobre mí toda la tristeza del mundo. ¿Qué hacía allí, Dios mío, en ese final de sábado, solo, mirando la plaza mutilada, con tan pocas ganas de vivir? ¿Dónde el cálido amor, la jubilosa amistad, el goce duradero? Pronto 48 años y sigo hablando conmigo mismo, dando vueltas en torno a mi imagen doblegada, roída por el orín del tiempo y la desilusión. Helado, seco, hueco, como una lápida en el más minúsculo cementerio serrano, mi propia lápida.

170

Un espejo roto, un cura, dos palomas muertas. Cosas que he visto en la calle cuando iba a la oficina. Cosas que para mí son símbolos, con mi terca costumbre de añadirle a las cosas una significación o inversamente extraer de ellas un mensaje. Las palomas, en particular, me impresionaron. Su muerte era reciente, pues yacían sobre un pequeño charco de sangre fresca. Me dije: «Hace unos minutos vivían, ahora ya no». La vida se ha ido de ellas. Pero ¿dónde se ha ido la vida? Imaginé la vida como algo exterior a los seres, algo que los preexiste, pero que necesita de ellos para manifestarse. En otros términos, que los seres —y el hombre, naturalmente— son simples receptáculos de la vida, que los utiliza como continentes. La vida está en los seres, pero los seres no son la vida.

171

Libros viscosos como pantanos en los cuales uno se hunde y clama en vano para que lo rescaten; libros secos, filudos, riscosos, que nos llenan de cicatrices; libros acolchados, de dunlopillo, donde damos botes y rebotes; libros-meteoro que nos transportan a regiones ignotas y nos permiten escuchar la música de las esferas; libros chatos y resbalosos donde patinamos y nos rompemos la crisma; libros inexpugnables en los que no podemos entrar ni por el centro, ni por delante, ni por detrás; libros tan claros que penetramos en ellos como en el aire y cuando volvemos la cara ya no existen; libros-larva que dejan escuchar su voz años después de haberlos leído; libros velludos y cojonudos que nos cuentan historias velludas y cojonudas; libros orquestales, sinfónicos, corales, pero que parecen dirigidos por el tambor mayor de la banda del pueblo; libros, libros, libros…

172

Una casita de adobe en una playa perdida de la costa peruana, donde pueda vivir en una soledad selectiva —pues recibiría algunas visitas o tendría a veces un alojado —, tomando sol, nadando un poco, pescando con cordel, meciéndome en una hamaca, mirando el poniente, leyendo cualquier cosa, escuchando música —¡oh, cómo sonarían los barrocos al lado del agitado Pacífico!—, escribiendo sin ningún apremio, ni ambición, ni temor, enterrado, sembrado entre las dunas y el mar. Podría allí vivir en una especie de intemporalidad o de ilusoria eternidad e irme secando como una hoja caída, paulatinamente, sin dolor ni zozobra, hasta no ser más que una arenilla más. Este deseo, supongo, tiene raíces ancestrales o responde tal vez a impulsiones de la especie, si no se trata más bien de un mito cultural o reminiscencia literaria. La isla desierta, el lugar recóndito, el rincón ameno, son viejos temas filosóficos y artísticos. Que yo asumo consciente, fervorosamente.

173

Sentado en el brocal del estanque de las ranas, mirando el reguilete regar la terraza de los tréboles, oyendo venir de las arcadas los acordes de la cuarta sinfonía de Schumann, sabiendo que cada objeto que me rodea es precioso —sea cenicero, lámpara, taburete o libro—, el objeto soñado, buscado y encontrado, bebo a lentísimos sorbos un Chianti clásico, Antinori 1963, y con él *la dolce vita* del descanso y la abundancia. ¡Qué grande es el mundo para los ricos! Ellos disponen no sólo del tiempo, sino del espacio. En la casa donde estamos invitados disfrutamos, en varios kilómetros a la redonda, de todo el sol, de todas las colinas, de todo el silencio, de toda la placidez, de todas las flores y de todos los frutos. Las huestes de los pobres emergentes y tenaces, que en este momento transpiran en los veinte metros cuadrados de una pieza de ciudad tórrida y sucia, no nos alcanzarán hasta dentro de varias generaciones, cuando esta mansión sea una ruina y tengan que construir otra con sus escombros.

174

Atardecer sobre el mar inmóvil. A través de las mamparas del hotel otoñal observo la playa desierta. Arena malva, inmaculada. Una gaviota extraviada aletea buscando su tribu. Botecito lejano conducido a remo por un pescador solitario. El celaje púrpura vira al violeta. ¡Qué desperdicio de espacio, de quietud, de armonía y de silencio! Nadie más que yo para apreciarlos. La pena, el dolor, solos. Pero el gozo, sólo compartido.

175

Se reprocha a los escritores su inclinación a tratar temas sombríos, tristes, dramáticos, sórdidos y nunca o casi nunca temas felices. No creo que ello sea fruto de una preferencia, sino imposibilidad de sortear un escollo. Ocurre que la felicidad es indescriptible, no se puede declinar la felicidad. Es por ello que los cuentos populares y los cuentos para niños —e incluso los filmes norteamericanos *happy end*— terminan siempre con una fórmula de este género: «Se casaron y fueron muy felices». Allí el narrador se detiene, pues ya no tiene nada qué decir. Donde empieza la felicidad, empieza el silencio.

176

La obstinación del mar por deshacerse de algo que lo atormenta. Casi una hora empujando hacia la orilla un objeto rojo, grande, tal vez mesa o silla, caído de algún barco. Cuando parecía que ya iba a encallar en la arena la resaca lo jalaba, lo mecía un momento, lo volvía a expulsar hacia la playa, nuevamente lo arponaba, una y otra vez, hasta producir angustia. Cambió el viento de dirección y el mar de corrientes y el objeto se alejó de la orilla hasta desaparecer. Sensación como de alguien que hubiera querido comunicar un mensaje y que terminó por callarse.

177

No morir como un monarca, rodeado de cortesanos, galenos, prelados y notarios; tampoco como cualquier padre de familia, asistido por mujer, hijos y parientes; ni siquiera ante colegas y empleados, en plena labor cotidiana; mucho menos en la calle, fulminado, entre peatones curiosos, fugaces o aterrados. Morir como un animal herido, en lo más profundo del bosque, en el corazón de la selva oscura, solo, donde no cabe esperar socorro ni compasión de nadie.

178

En la meseta gris, crepuscular y pelada de Carboneras se desliza a lo lejos una mancha oscura, acompañada por una música de cencerros. No es un sueño ni una alucinación. Simplemente un rebaño de cabras. Se va estirando conforme se acerca, las campanillas tintinean más fuerte. Un cabrero a la zaga da gritos antiguos. El rebaño toma la carretera, pero al cabo de un corto trecho trepa la empinada colina. La cabra tira al monte. Y el cabrero también.

179

Suele decirse cuando hay un verano muy caluroso, una tormenta muy fuerte, un incendio forestal devastador, que «ni los hombres más viejos del lugar» habían visto algo parecido en su vida. Falso, todo el mundo ha visto las mismas cosas y sufrido los mismos desastres. Lo que pasa es que los viejos han perdido la memoria y el mundo también.

180

No creo que para escribir sea necesario ir a buscar aventuras. La vida, nuestra vida, es la única, la más grande aventura. El empapelado de un muro que vimos en nuestra infancia, un árbol al atardecer, el vuelo de un pájaro, aquel rostro que nos sorprendió en el tranvía, pueden ser más importantes para nosotros que los grandes hechos del mundo. Quizás cuando hayamos olvidado una revolución, una epidemia o nuestros peores avatares, quede en nosotros el recuerdo del muro, del árbol, del pájaro, del rostro. Y si quedan, es porque algo los hacía memorables, algo había en ellos de imperecedero, y el arte sólo se alimenta de aquello que sigue vibrando en nuestra memoria.

181

¡Oh, los libros, saben tanto y están tan silenciosos! Cuando en las noches recorro con la mirada los estantes de mi biblioteca y los veo alineados, taciturnos, tras sus vidrios corredizos, me digo: ¡cuán inaudiblemente claman para que alguien los convoque! ¡Yo soy *El Quijote*, parece decir uno, y estoy encuadernado en piel de vaca! ¡Yo soy Balzac y he escrito la mejor *Comedia Humana*! ¡Yo soy Shakespeare, en edición bilingüe, y puedo ofrecerte lo que quieras! Y uno se mantiene impertérrito a estos ruegos. Mañana, les digo, mañana me ocuparé de ustedes, sigan no más ahí tranquilos, mañana. ¡Pobres libros! ¡Pobres genios! Mañana, sí, pero hoy para irme a acostar cojo la primera revista ilustrada que encuentro al tiro de la mano.

182

El artista de genio no cambia la realidad, lo que cambia es nuestra mirada. La realidad sigue siendo la misma, pero la vemos a través de su obra, es decir, de un lente distinto. Este lente nos permite acceder a grados de complejidad, de sentido, de sutileza o de esplendor que estaban allí, en la realidad, pero que nosotros no habíamos visto.

183

Atardecer, la casa solitaria, salí al jardín. La parra exangüe sobre la enramada. Los tocones trepando por el muro. Las dalias orillando el césped. Los viejos cipreses descuidados, desiguales, con telas de araña entre sus ramas. La solitaria magnolia. La sombra de los eucaliptos, en cuyo follaje canta una cuculí. Un lucero, dos, en el cielo aún claro. Las campanas del Parque, a lo lejos. En la grama trazas amarillas de antiguas, repetidas pisadas. Tibia brisa otoñal. Paz, plenitud. ¡Y tú no estás aquí, ya tú no estás!

184

Uno escribe dos o tres libros y luego se pasa la vida respondiendo a preguntas y dando explicaciones sobre estos libros. Lo que prueba que a la gente le interesa tanto o más las opiniones del autor sobre sus libros que sus propios libros. Y en gran parte a causa de ello no escribe nuevos libros o sólo libros sobre sus libros. Para contrarrestar este peligro, tener presente que una buena obra no tiene explicación, una mala obra no tiene excusa y una obra mediocre carece de todo interés. En consecuencia, los comentarios sobran.

185

Las grandes especies prediluvianas no sólo se conservan disecadas en los museos de Historia Natural. Ellas subsisten ocultas en nuestros propios rasgos. La linda muchacha solitaria del café Select bosteza creyendo que nadie la observa y veo aflorar a su rostro los rasgos del tiranosaurio.

186

Poco nos conocemos, nunca nos conocemos. De pronto algo ocurre en nuestra vida y vemos irrumpir fuerzas, sentimientos, pulsiones que nunca creímos contener: envidia, celos, cólera, ambición, cálculo, cobardía, odio, violencia. Yo desconfiaba ya de la fidelidad de la memoria y de la inamovilidad del pasado, pero creía aún en la continuidad del carácter. Ni de esto siquiera estamos seguros. De serenos podemos convertirnos en agitados, de tolerantes en fanáticos, de ángeles en bestias. Estamos siempre expuestos a lo imprevisible. Nunca dejaremos de sorprendernos.

187

Esas horas usadas en la espera —la habitación a oscuras, fumando, la plaza desierta—, esas horas sustraídas al reposo, al trabajo, al placer, nadie me las devolverá ni me las recompensará. Horas sin compañía ni testigos, sólo yo las conozco, horas muertas peores que la muerte. Ellas me han laminado, cepillado, convertido en sucio aserrín.

188

Las palabras que callamos eran las que deberíamos haber pronunciado. Los gestos que guardamos por pudor eran los que deberíamos haber cumplido. Los actos que nos parecieron triviales eran los que se esperaba de nosotros. Otros los hicieron en nuestro lugar. Paguemos ahora las consecuencias.

189

No, no vale la pena aumentar el volumen del concierto de Mozart para tres pianos que escuchas, hasta que los muros tiemblen, hasta que vibren los cristales de la biblioteca. Su intensidad, su brío, no acallarán la melodía doliente que suena en ti.

190

Esta mañana, al salir a la calle, el sol de enero, el sol de invierno, como un globo rampante sobre los techos de París en el aire glacial y traslúcido. ¡Pobre astro mendicante, me dije, tan luciente en el verano, tan orgulloso y seguro de ti, y ahora grúas y chimeneas te opacan y sangras sin despertar piedad, como tu corazón, como el mío!

191

Para llegar adonde debes llegar elige las calles por donde no sople el helado viento del norte. Pero sólo las calles que conducen a ese lugar están barridas por el helado viento del norte.

192

La carta que aguardamos con más impaciencia es la que nunca llega. No hacemos otra cosa en nuestra vida que esperarla. Y no nos llega, no porque se haya extraviado o destruido, sino sencillamente porque nunca fue escrita.

193

No, la moneda antigua que tú tienes guardada no es aquella que en la última venta pública alcanzó ese precio fabuloso. La tuya es la quiñada, la de serie, la devaluada, la falsa, la que nadie querrá comprar ni siquiera al peso y que servirá apenas para hundirle un clavo en el centro a fin de asegurar el tablero de una mesa desvencijada.

194

Hoy, más que nunca, deseo de capitular, de poner mi firma al pie de la página y despedirme de todo. Sin motivo, además, pues ha sido un día más bien memorable, realmente primaveral: sol, luz, aire tibio, ausencia de malestar, gozo de andar, respirar, observar. Pero entretejido con mis ocupaciones y placeres, en filigrana, una voz, un llamado profundo, el tintineo de la campana que dobla a muerto: abandonar la partida en el juego medio, mandar todo al diablo, tirarle las puertas en las narices al mundo. ¿Por qué? Tal vez porque he llegado al máximo de mi elasticidad, ya nada puedo dar mejor de lo que he dado, no sé qué hacer entre las personas y las cosas que me rodean, me aburre tener que escribir una línea más, nada despierta en mí una curiosidad duradera, no hay probabilidad que me retenga. Mientras caminaba aparentemente distraído por los bulevares, escuchaba dentro de mí el estribillo: «Ya está bien, ya está bien, pon un poco de orden en tus bártulos y vete de una vez, sin saludos ni reverencias, como el figurante que ha cumplido decorosamente su papel».

195

Paradoja: mi supervivencia reside en haberme mantenido como hasta ahora en «los umbrales de la salud». Me bastaría sobrepasar este umbral y recobrar el pleno goce de mi organismo para que el mal se haga nuevamente presente, pues este prefiere cebarse en un cuerpo vigoroso. Es la salud lo que me conduciría a la muerte y la enfermedad lo que me mantiene vivo.

196

No dejarse impresionar, gobernar, por lo pasajero. Tratar de que toda determinación esté inspirada por lo esencial. Tratar en consecuencia de saber qué es lo esencial. Tratar en consecuencia de ejercitar la razón. Tratar en consecuencia de no tomar en cuenta los sentimientos, porque no son duraderos ni razonables. Tratar en consecuencia de ser inhumano.

197

Hay momentos en que el sufrimiento alcanza tal grado de incandescencia que diríase nos cristaliza y nos vuelve por ello indestructibles.

198

Aún no has terminado de celebrar la primavera y ya ha llegado el invierno. Quedarás tú, como tus libros, lleno de erratas, nadie te comprenderá. ¡Ah, cómo no fueras uno de esos pueblos solares, ígneos, cercados por la arena, inmóviles, eternos bajo la canícula!

199

Nunca he podido comprender el mundo y me iré de él llevándome una imagen confusa. Otros pudieron o creyeron armar el rompecabezas de la realidad y lograron distinguir la figura escondida, pero yo viví entreverado con las piezas dispersas, sin saber dónde colocarlas. Así, vivir habrá sido para mí enfrentarme a un juego cuyas reglas se me escaparon y en consecuencia no haber encontrado la solución del acertijo. Por ello, lo que he escrito ha sido una tentativa para ordenar la vida y explicármela, tentativa vana que culminó en la elaboración de un inventario de enigmas. La culpa la tiene quizás la naturaleza de mi inteligencia, que es una inteligencia disociadora, ducha en plantearse problemas, pero incapaz de resolverlos. Si alguna certeza adquirí fue que no existen certezas. Lo que es una buena definición del escepticismo.

200

La única manera de continuar en vida es manteniendo templada la cuerda de nuestro espíritu, tenso el arco, apuntando hacia el futuro.

JULIO RAMÓN RIBEYRO ZÚÑIGA (Lima, 1929-1994). Escritor peruano, considerado uno de los mejores cuentistas de la literatura hispanoamericana. Fue una figura destacada de la llamada Generación del 50, a la que también pertenecen narradores como Mario Vargas Llosa, Enrique Congrains y Carlos Eduardo Zavaleta. En su país fue distinguido con el Premio Nacional de Literatura (1983) y el Premio Nacional de Cultura (1993); a nivel internacional le fue otorgado el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo (1994, ahora llamado Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances).

Aunque el grueso de su obra lo constituye su cuentística (reunida bajo el título general de *La palabra del mudo*), también destacó en otros géneros como novela, *Crónica de San Gabriel* (1960), *Los geniecillos dominicales* (1965) y *Cambio de guardia* (1976); ensayo, *La caza sutil* (1975); teatro, *Santiago el Pajarero* (1975) y *Atusparia* (1981); diario, *La tentación del fracaso* (1992-95); y aforismo, *Prosas apátridas* (1975) y *Dichos de Luder* (1989).

Notas

[1] La primera edición (1975) incluía solamente las prosas anteriores. En las ediciones siguientes (1978 y 1986), el autor aumentó su número hasta llegar a las doscientas definitivas. *(N. del E. digital)* <<